

11 de Abril 16

Cuadernos de Cultura

11 de Abril: Cuadernos de Cultura, es una publicación del Museo Histórico Cultural, Juan Santamaría, surgida de manera espontánea y experimental, cuando esta institución daba sus primeros pasos al servicio de la comunidad alajuelense en particular y costarricense en general.

La Junta Administrativa del Museo acordó retomar la publicación, conservando el mismo propósito que le dió origen: difundir actividades académicas, culturales y educativas que el Museo lleva a cabo, principalmente en sus instalaciones y ocasionalmente fuera de ellas.

En esta ocasión, la Junta aprueba un nuevo diseño de carátula, que recrea el edificio patrimonial del Antiguo Cuartel de Armas que, junto con la Antigua Cárcel de la localidad, constituye la sede actual del Museo.



La Campaña Nacional:
Memorias Comparadas

Victor Hugo Acuña Ortega

11 DE ABRIL

CUADERNO DE CULTURA N° 16

Memorias Comparadas



JUNTA ADMINISTRATIVA (2007-2009)
MUSEO HISTÓRICO CULTURAL JUAN SANTAMARÍA

Dr. Chester J. Zelaya Goodman Presidente	Representante Ministerio de Cultura y Juventud
Dr. Luis F. Sibaja Chacón Vice-Presidente	Representante Academia de Geografía e Historia de Costa Rica
Licda. Zadié Cerdas Salazar Secretaria	Representante Instituto de Alajuela
Lic. Marcelo Prieto Jiménez Tesorero	Representante Colegio Universitario de Alajuela
Dr. José María Zonta Arias Vocal	Representante Municipalidad de Alajuela
Prof. Raúl Aguilar Piedra	Director General

MEMORIAS COMPARADAS:

LAS VERSIONES DE LA GUERRA
CONTRA LOS FILIBUSTEROS EN NICARAGUA,
COSTA RICA Y ESTADOS UNIDOS
(SIGLOS XIX - XXI)

VÍCTOR HUGO ACUÑA ORTEGA



Alajuela, Costa Rica
2009



C. R.
972.86
A184m

Acuña Ortega, Víctor H.

Memorias comparadas: las versiones de la guerra contra los Filibusteros en Nicaragua, Costa Rica y Estados Unidos : Siglos XIX - XXI / Víctor H. Acuña Ortega. – 1. ed. – Alajuela, C. R. : Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2008.

75 p. : il. ; 22 cm. – (11 de abril: Cuaderno de Cultura; No. 16)

ISBN 978-9977-953-65-6

1. COSTA RICA - HISTORIA – CAMPAÑA NACIONAL, 1856-1857.
2. ESTADOS UNIDOS – HISTORIA. 3 COSTA RICA – HISTORIA.
4. NICARAGUA – HISTORIA

● Museo Histórico Cultural Juan Santamaría

Tels: (506) 2441-4775 / 2442-1838

Fax: (506) 2441-6926

Apartado Postal: 785-4050, Alajuela, Costa Rica

Correo Electrónico: mhcsr@ice.co.cr

Edición al cuidado de Raúl Aguilar Piedra

Revisión: Víctor Hugo Acuña y Raúl Aguilar Piedra, con la colaboración del Lic. Antonio Vargas C. y Dhamuza Coudin S., funcionarios del Museo.

Diseño de portada: Floricel Ledezma Campos, Imprenta Nacional.

Diagramación: Américo Ochoa

Fotografía: Max López Rodríguez

Advertencia:

De conformidad con la LEY DE DERECHOS DE AUTOR Y DERECHOS CONEXOS es prohibida la reproducción, transmisión, filmación total o parcial del contenido de esta publicación mediante la aplicación de cualquier sistema de reproducción, incluyendo el fotocopiado sin previo permiso escrito de esta Editorial. La violación de esta Ley por cualquier persona física o jurídica, será sancionada penalmente.

PRESENTACIÓN

Se reúnen en esta publicación dos trabajos breves elaborados en el marco de una investigación que el autor ha venido realizando en los últimos años sobre las memorias de la guerra contra los filibusteros tal y como nos son presentadas en obras históricas escritas por historiadores, periodistas y escritores. Se parte del supuesto de que las versiones de la guerra se modifican según el lugar desde donde se la mira, en nuestro caso, Estados Unidos, Nicaragua o Costa Rica, y según el tiempo en el cual se la recuerda. Estos trabajos representan esfuerzos preliminares o parciales de esta investigación y en ese sentido no son independientes del momento en que fueron elaborados, es decir, en el transcurso del año 2006. Por esta razón no toman en consideración las obras publicadas en el marco de los festejos del sesquicentenario.

Los dos trabajos son de naturaleza diferente: el primero, presenta el marco conceptual y metodológico y las principales ideas elaboradas en relación con la investigación indicada; el segundo, sobre la base de tales ideas, tiene un carácter más bien normativo o propositivo, ya que intenta definir la forma en que la guerra contra los filibusteros debe ser recordada y estudiada en el presente y tiene como preocupación principal

darle vigencia a su recuerdo, en el marco de la enseñanza de la historia a las nuevas generaciones. En suma, se arriesga a proponer políticas de memoria en términos éticos y con intenciones pedagógicas en relación con el recuerdo de la guerra contra los filibusteros.

Estos trabajos y el proyecto de investigación en que se inscribieron fueron realizados en la Universidad de Costa Rica, como investigador del Centro de Investigaciones Históricas de América Central y como profesor del Posgrado Centroamericano en Historia. Conviene agregar que dicho proyecto de investigación contó con el apoyo de un Premio Aportes de la Florida Ice and Farm y con una beca de investigación CONARE-DAAD. En fin, a lo largo de su desarrollo y hasta el presente, el apoyo del historiador Raúl Aguilar Piedra, con información y material bibliográfico, ha sido inapreciable y determinante en esta investigación. Debo dejar aquí constancia de su generosidad y de su disposición para compartir su amplio conocimiento y su gran biblioteca sobre este tema. En fin, en su condición de Director del Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, agradezco a Raúl Aguilar Piedra su iniciativa de proponer y gestionar la publicación de estos dos trabajos.

VÍCTOR HUGO ACUÑA ORTEGA
Tres Ríos, diciembre de 2008.

MEMORIAS COMPARADAS: LAS VERSIONES DE LA GUERRA CONTRA LOS FILIBUSTEROS EN NICARAGUA, COSTA RICA Y ESTADOS UNIDOS (SIGLOS XIX - XXI)*

El 16 de junio de 1855 arribó al puerto de El Realejo, en la costa pacífica de Nicaragua, la embarcación *Vesta*, procedente de San Francisco, California, y de ella desembarcó una partida de 58 hombres armados, en su mayoría estadounidenses. Estos hombres venían a Nicaragua invitados como mercenarios, aunque disfrazados de colonos, por una de las facciones en pugna, los democráticos, liberales o leoneses, enfrentados desde hacía un año en una guerra civil de desgaste contra sus enemigos legitimistas, conservadores o granadinos. Pocos meses después, en octubre de 1855, los invitados capturaron la ciudad de Granada y se apoderaron prácticamente del gobierno de Nicaragua.

En abril de 1856, los invitados enfrentaron con éxito una expedición militar de fuerzas del gobierno de Costa Rica, dirigidas por su presidente Juan Rafael Mora, que pretendían expulsarlos de Centroamérica. En julio de 1856, un año y un mes después de su llegada, el jefe de estos expedicionarios fue proclamado presidente, tras unas elecciones fraudulentas celebradas el mes anterior, y poco después decretó el restablecimiento de la esclavitud en ese país. En aquel

* Una versión anterior de este texto fue publicado en la *Revista de Historia* (Nicaragua) 21-22 (2006): 5-21. Aquí se resumen las principales ideas de un libro en preparación sobre este tema titulado *Vertientes del recuerdo. Historia y memoria de la guerra contra los filibusteros, 1855-1857: Estados Unidos, Nicaragua y Costa Rica (siglos XIX-XXI)*.

momento el invitado, ahora considerado invasor, había roto con sus amigos liberales, quienes lo habían declarado traidor; pero hubo que esperar hasta septiembre de 1856 para que las facciones enemigas nicaragüenses, los democráticos y los legitimistas, se unieran para luchar contra los usurpadores. Además, los invasores encontraron nuevos enemigos: las tropas de los gobiernos de Guatemala y El Salvador que empezaron a llegar a Nicaragua en el mismo mes de julio. Por su parte, las fuerzas del gobierno de Costa Rica regresaron a Nicaragua al teatro de guerra en noviembre de 1856. Finalmente, tropas de Honduras se sumaron a los aliados centroamericanos en diciembre de ese año. Por fin, las fuerzas centroamericanas acorralaron a los invasores en la ciudad de Granada, la cual evacuaron, no sin antes incendiarla, en diciembre de 1856.

No obstante, habría que esperar varios meses más antes de que los mercenarios fuesen expulsados de Nicaragua, como consecuencia de una serie de factores: las presiones diplomáticas y militares de Gran Bretaña, las decisiones, no exentas de ambigüedad, del gobierno de los Estados Unidos, las reacciones de algunos capitalistas estadounidenses con poderosos intereses en Nicaragua, el esfuerzo conjunto de los ejércitos centroamericanos y, en fin, la acción de las fuerzas militares de Costa Rica, las cuales en los últimos días del año 1856 y en los primeros del año 1857, con la colaboración remunerada de un experimentado marinero estadounidense, Sylvanus Spencer, enviado por el magnate naviero Cornelius Vanderbilt, cuyos bienes en Nicaragua habían sido expropiados por el gobierno de ese país dominado por los invasores, capturaron los vapores y las fortalezas del río San Juan y, en consecuencia, asumieron el control de la navegación en el citado río y en el lago de Nicaragua, con lo cual aislaron a los filibusteros de sus fuentes de abastecimiento en la costa este y en el sur de Estados Unidos.

Así, el 1º de mayo de 1857, William Walker, el llamado Rey de los Filibusteros, se entregó en la ciudad de Rivas al comandante de una fragata de la marina de los Estados Unidos

surta en el cercano puerto de San Juan del Sur, arreglo aceptado por el comandante en jefe de los ejércitos centroamericanos, el general costarricense, José Joaquín Mora. Tras una breve escala en Panamá, el filibustero se trasladó a su país donde fue recibido y aclamado como un héroe. Aquel hombre contumaz y obsesivo, en noviembre de 1857 volvió a San Juan del Norte en la costa del Caribe nicaragüense, donde fue detenido por fuerzas de la marina de Estados Unidos. Hizo tres intentos más por apoderarse de Centroamérica hasta que en el último fue capturado por fuerzas navales británicas, y entregado a un destacamento de militares hondureños, el cual sumariamente lo fusiló en el puerto de Trujillo el 12 de septiembre de 1860.

Naturaleza de la investigación

Como es bien conocido, la guerra contra los filibusteros de William Walker ha sido tradicionalmente considerada como el proceso más importante de toda la historia política centroamericana del siglo XIX. También es sabido que este conjunto de sucesos ha suministrado una de las principales materias primas para la construcción de la memoria y la identidad nacional en los países centroamericanos; sobre todo, en Costa Rica y Nicaragua. Como es natural, también ha suscitado una abundante producción historiográfica a lo largo de los siglos XIX y XX y hasta el momento presente, en el cual en Costa Rica y Nicaragua, principalmente, se ha conmemorado el sesquicentenario de aquellos acontecimientos.

El punto de partida de nuestra investigación, como bien ha señalado el historiador Raúl Aguilar, Director del Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, es el reconocimiento de que existen varias historiografías de la guerra contra William Walker: por un lado, la estadounidense, la cual incluye testimonios y memorias de los propios filibusteros, escritos de algunos de sus apologistas, con frecuencia, propagandistas de la ideología del destino manifiesto, y obras de historiadores aficionados

y profesionales; por otro lado, existe una historiografía centroamericana, en la cual conviene singularizar las obras de historia escritas en los dos países donde la guerra tuvo mayor trascendencia, Costa Rica y, sobre todo, Nicaragua.¹

Nuestro objetivo, enfocado y fundamentado en las respectivas historiografías, consiste en tratar de establecer la forma en que en Estados Unidos, Nicaragua y Costa Rica se han construido, mediante una serie de representaciones, la memoria de la guerra de 1855-1857 y cómo dichas memorias han evolucionado a lo largo del último siglo y medio. En este sentido, nuestro estudio intenta ser una historia de la memoria de la guerra contra los filibusteros en estos tres países, tal y como puede ser aprehendida en sus respectivas historiografías.²

Nuestra noción de historiografía, es decir, nuestra manera de considerar un trabajo como obra de historia es bien amplia, porque incluye tanto los trabajos de historiadores ocasionales o profesionales como obras que pertenecen más bien al género del testimonio y textos que son básicamente recopilaciones documentales. En este sentido, no prejuzgamos sobre el nivel profesional de composición de los trabajos y solo nos interesa que su intención sea “veritativa”, como diría Paul Ricoeur, es decir, que se propongan hacer una “narración verdadera”, y no una obra de ficción.³ En efecto, muchas de las obras que aquí se analizan distan mucho de ser expresiones de un trabajo profesional en el campo de la historia y en ese sentido son pocas las que realmente cumplirían los requisitos de lo que se llamaría una historiografía científica. Además, conviene recordar la naturaleza de esta historiografía para poder comprender los temas en juego en las distintas versiones; se trata de una historia política tradicional centrada en los eventos militares,

¹ Raúl Aguilar Piedra, “La guerra centroamericana contra los filibusteros en 1856-1857: una aproximación a las fuentes bibliográficas y documentales”, *Revista de Historia* (Costa Rica) 51-52 (enero-diciembre 2005): 463-528.

² Un estudio emparentado en sus preocupaciones con el nuestro es el siguiente: Thomas Benjamín, *La revolución mexicana. Memoria, mito e historia* (México: Taurus/Santillana Ediciones Generales, 2003), 309.

³ Ricoeur Paul, *Historia y narratividad* (Barcelona: Paidós, 1999), 230.

diplomáticos y políticos cuyos protagonistas son individuos, es decir, los líderes de los estados, los partidos y los ejércitos en pugna, para la cual son invisibles los actores introducidos por la historia social y cultural desde hace ya varias décadas: el género, la etnia, las clases, e incluso, las mismas naciones. La guerra contra los filibusteros es un tema que solo muy recientemente ha comenzado a ser abordado con los conceptos y métodos de la historia social y cultural de nuestros días.⁴

Memoria e historia

En la medida en que esta investigación se inscribe en el campo de la historia de la memoria, nos parece conveniente hacer algunas aclaraciones de índole conceptual, en relación con esos dos términos. Aquí, por una parte, vamos a entender por memoria, de manera amplia, el uso social del pasado para diversos fines de la vida en el presente. La memoria es un conjunto de representaciones sociales, articuladas siempre en el presente, y es un terreno de continua disputa entre distintas versiones o distintas articulaciones del pasado.⁵

Memoria es un término metafórico en la medida en que la memoria en sentido estricto es una facultad de los individuos, resultado de determinados procesos neuronales. No obstante, el término se usa para indicar procesos sociales de construcción

⁴ Véase: Víctor Hugo Acuña Ortega (Ed.), *Filibusterismo y destino manifesto en las Américas* (en prensa). Este libro recoge las ponencias presentadas en un simposio internacional realizado en 2007 en Liberia, Costa Rica, en las cuales se puede observar el surgimiento de las preocupaciones de la historia social y cultural en el estudio del filibusterismo. Lo obra que marca la pauta de la investigación sobre el filibusterismo en general y de una historia del fenómeno más social y cultural es el libro de Robert May, *Manifest Destiny's Underworld. Filibustering in Antebellum America* (Chapel Hill & London: University of North Carolina Press, 2002), 426.

⁵ La literatura sobre la historia de la memoria es un campo de gran desarrollo en nuestro tiempo. Citaremos aquí solo algunas publicaciones a título ilustrativo: Josefina Cuesta Bustillo (Ed.), “Memoria e Historia” *Ayer* (España) 32 (1998), 246; James Fentress y Cris Wickham, *Memoria social* (Madrid: Ediciones Cátedra, 2003), 262; Paolo Rossi, *El pasado, la memoria, el olvido* (Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2003), 237; Enzo Traverso, *El pasado, instrucciones de uso. Historia, memoria, política* (Madrid: Marcial Pons, 2007), 117; Patrick Hutton, *History as an Art of Memory* (Hannover and London: University Press of New England, 1993), 229; Henry Rousso, *La hantise du passé* (Paris: Les éditions Textuel, 1998), 143; y la importante obra de Paul Ricoeur. *La mémoire, l'histoire, l'oubli* (Paris: Éditions du Seuil, 2000), 676.

y elaboración de recuerdos los cuales se encarnan en diversas prácticas sociales. Quizás, además, es más apropiado hablar en plural de memorias porque en toda sociedad existen muchas memorias que coexisten al mismo tiempo. Por otra parte, no debe sorprender si se agrega que las memorias además de plurales son conflictivas tanto porque las memorias de diversos grupos se confrontan entre sí como porque en el seno de una misma memoria pueden existir versiones en conflicto. Las memorias son siempre selectivas, es decir articulaciones de recuerdo y olvido, y lo son porque detrás de toda memoria hay un juego o disputa de poder. Así, toda memoria es selectiva y ninguna es inocente o desinteresada.⁶ Toda memoria es performativa es decir, existe en la medida en que se actualiza; en este sentido las memorias son representaciones sociales y también son prácticas o si se prefiere son representaciones tanto en su sentido de expresión simbólica como en su significado de manifestación o producción escénica.⁷

Por otra parte, entendemos por historia un saber con capacidad para establecer las condiciones de validez del conocimiento que produce, mediante mecanismos de control socialmente establecidos y aceptados, es decir, el método crítico, y los otros métodos y técnicas de las ciencias sociales, y mediante un sistema de cotejo y confrontación de dicho conocimiento en el seno de una comunidad de competencia, es decir, de una comunidad de profesionales de la disciplina. El hecho de distinguir entre la memoria y la historia no nos impide reconocer que estas siempre han marchado juntas, en un proceso de retroalimentación continua. En efecto, la memoria ha sido y es matriz de la historia y la historia se ha constituido como marco crítico de la memoria.

⁶ Las consideraciones teóricas sobre la cuestión de la memoria deben remitirse a los trabajos fundadores de este campo del sociólogo francés Maurice Halbwachs, *Les cadres sociaux de la mémoire* (Paris: Albin Michel, 1994), 367 (Primera edición 1925) y, su libro póstumo, *La mémoire collective* (Paris: Albin Michel, 1997), 295 (Primera edición 1950).

⁷ Sobre el concepto de representación remitimos a: Roger Chartier, "El mundo como representación", in del mismo autor *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, (Barcelona: Editorial Gedisa, 1992), 45-62.

No obstante, como señala el historiador Krzysztof Pomian ha habido un proceso histórico de larga duración de emancipación de la historia respecto de la memoria, el cual puede ser caracterizado como una tendencia acumulativa hacia la secularización, la racionalización y la profesionalización de dicha disciplina.⁸ En las últimas décadas, la memoria se ha convertido en objeto de estudio de la historia; de ahí que ahora se hable de investigaciones sobre historia de la memoria, un campo del saber histórico que se dedica a estudiar como los seres humanos de otros tiempos han hecho uso del pasado, es decir, como han producido representaciones sobre sus experiencias pretéritas y las han dotado de sentido y significación en el presente.

Conviene agregar que la historia de la historiografía es una forma de historia de la memoria, de ese tipo peculiar de memoria que han generado personas investidas socialmente con la capacidad y la legitimidad para producir conocimiento histórico, de manera más o menos profesional o especializada, en el marco de determinadas instituciones; la historia de la historiografía es también una reflexión de la historia sobre sí misma; una manera de hacer historia que se confunde con la epistemología de la historia, es decir, con la investigación sobre las condiciones de posibilidad de la historia como un saber con una intención de dar cuenta de la realidad del pasado, mediante el estudio de los indicios que este ha dejado en el presente. Parece muy necesario conservar la distinción entre historia y memoria sobre la base de que la historia funciona con determinados protocolos que condicionan el valor de las representaciones que elabora, mientras que la memoria carece de tales protocolos y opera según las reglas propias de la vida social en donde intereses y valores determinan la formación de las representaciones. Esto no significa que la historia se encuentre al margen de los procesos sociales y de su entorno histórico; su especificidad radica en su pretensión de someterse a determinados protocolos, sancionados por una comunidad de competencia.

⁸ Krzysztof Pomian, *Sur l'histoire* (Paris: Éditions Gallimard, 1999), 410.

La memoria y la historia, como ya se dijo, operan mediante criterios de selección, en el primer caso de manera no controlable y en el segundo, en principio, de manera controlable. El historiador que cuenta una historia la organiza o la trama, como ha sido señalado, entre otros, por Hayden White, según determinadas valoraciones de relevancia y pertinencia y según determinados supuestos conceptuales e ideológicos, algunas veces explícitos y, más frecuentemente, implícitos.⁹ De igual manera, toda memoria, es decir, toda serie de recuerdos organizados por un grupo en un relato, es una articulación de recuerdos y olvidos, omisiones o silencios. Este atributo de selectividad de la memoria es fundamental para comprender sus variaciones a través del tiempo y según los grupos humanos. En este sentido, las distintas memorias de la guerra contra los filibusteros son el resultado de determinadas operaciones de selección; operaciones que expresan relaciones y situaciones de aquellos que en cada presente han producido o elaborado la memoria y, en lo que nos ocupa, de quienes escribieron las obras de historia.

Al abordar un trabajo de historia de la memoria debemos tener presente que la intensidad del recuerdo se modifica con el tiempo y que la propia construcción del recuerdo varía según periodos o épocas, según sociedades, clases y grupos sociales, y medios o círculos culturales, políticos o ideológicos. La cuestión de la variación de la intensidad del recuerdo nos remite a lo que podríamos llamar los ciclos de la memoria o las coyunturas memoriales: hay periodos en que el grupo humano se ocupa más del recuerdo y hay momentos en que este pierde importancia o casi se desvanece. Si la historia de una memoria requiere establecer etapas, una manera de hacerlo es tratar de identificar estas coyunturas memoriales, esos momentos en que el grupo humano se pone a recordar y decide fijar y dotar de determinado simbolismo una experiencia de su pasado. Es

⁹ Hayden White, *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, (México: Fondo de Cultura Económica, 1992), 432.

interesante en este sentido señalar que en este trabajo se va a observar una oposición básica entre un recuerdo permanente y continuo del lado centroamericano y un olvido, tras la coyuntura de los años 1850, más o menos permanente, con algunos resurgimientos pasajeros en los siglos XIX y XX, del lado estadounidense. De esta manera, en el caso centroamericano la tarea consiste en encontrar el sentido del recuerdo, mientras que en el caso de los Estados Unidos el problema consiste en determinar el sentido de un olvido, sobre todo porque en este país contrasta el olvido colectivo con la existencia de obras de historia y de ficción que en distintos momentos han recordado la existencia de William Walker.

En el caso de los países centroamericanos, la elaboración y preparación de libros de historia sobre la guerra contra Walker se inscribe, como es natural, dentro de contextos conmemorativos más amplios en los cuales los estados o los gobiernos han puesto en marcha todo un conjunto de políticas de memoria alrededor del evento. En consecuencia, muchas de las obras centroamericanas de la historiografía de la guerra contra los filibusteros fueron preparadas por encargo de los gobiernos de los respectivos países o fueron escritas con algún tipo de apoyo oficial. Quizás, solamente después de los festejos del centenario en 1956 han sido editados trabajos que no han sido resultado de un encargo estatal.

En relación con la guerra contra los filibusteros, desde el ángulo costarricense, son identificables algunas coyunturas memoriales; la más importante fue aquella en que se estableció o se oficializó la memoria de la guerra y que cubre el periodo que va de 1883-84 a 1895-97 y está marcada por las inauguraciones del monumento a Juan Santamaría y el Monumento Nacional. En este periodo se sistematizó, en el campo de la historiografía, la versión costarricense de la guerra con las obras de Lorenzo Montúfar (1888), Francisco Montero Barrantes (1894) y Joaquín Bernardo Calvo Mora (1895/97). En el caso de Nicaragua en 1889 fue publicado el libro de José

Dolores Gámez, pero hay que decir que fue Jerónimo Pérez, con su obra en dos volúmenes publicados sucesivamente en 1865 y en 1873, quien por primera vez, desde la historiografía, estableció la memoria nicaragüense de la guerra. La otra coyuntura memorial importante, tanto para Nicaragua como para Costa Rica, se sitúa en los años previos y posteriores al centenario de la guerra contra Walker, conmemoración que fue celebrada en todos los países centroamericanos y fue coordinada por la Organización de Estados Centroamericanos (ODECA). Es posible que en estos años sea cuando haya habido una mayor producción editorial sobre el tema, porque no solo hubo nuevas obras publicadas, sino también varias reediciones. Fue en esta coyuntura cuando se publicó la primera edición de la obra más importante escrita en Costa Rica en el siglo XX sobre la guerra contra los filibusteros; nos referimos al libro de Rafael Obregón Loría *La campaña del tránsito* (1956). Tras los festejos del centenario, no parece haber habido en Costa Rica otras coyunturas memoriales significativas, salvo, quizás, el centenario del fusilamiento de Juan Rafael Mora en 1960. Se debe indicar brevemente que el sesquicentenario fue otro momento de recuerdo, tanto en Costa Rica como en Nicaragua. Se podría afirmar que la conmemoración tuvo mayor realce en Costa Rica que en Nicaragua, tanto en términos de ceremoniales como de producción editorial.¹⁰

En el caso costarricense, aparte de las ya señaladas, son identificables otras coyunturas memoriales: la primera sería la coyuntura contemporánea de los propios eventos de 1856-1857. En efecto, en el transcurso de la misma guerra se intentó convertir el 11 de abril de 1856 en fecha memorable; así la única y malograda nave de guerra costarricense, destruida por los filibusteros en su primer combate en noviembre de 1856, fue bautizada con el nombre *11 de Abril*. De igual manera, el 11 de abril de 1857 en Rivas, el general José Joaquín Mora pretendió conmemorar la batalla del año anterior, mediante

¹⁰ En este trabajo no hemos analizado la producción historiográfica reciente de Costa Rica y Nicaragua, publicada en el marco del sesquicentenario.

un esperado asalto final contra las sitiadas fuerzas filibusteras, ataque que tuvo resultados desastrosos para las ejércitos centroamericanos. En fin, en octubre de 1857, el gobierno de Costa Rica decretó que construiría un monumento a los héroes de la guerra en el parque central de San José y, además, estableció el 1° de mayo como día feriado, como efemérides de la rendición de Walker acontecida en esa fecha ese mismo año. En el caso nicaragüense, cabe señalar que el batallón de fuerzas conservadoras comandado por José Dolores Estrada fue bautizado, casi inmediatamente después de los sucesos, con el nombre de *Batallón San Jacinto*, en recuerdo de su reciente victoria contra los filibusteros en la hacienda San Jacinto, el 14 de septiembre de 1856. Otras coyunturas memoriales en el caso costarricense fueron el centenario del nacimiento de Juan Rafael Mora en 1914, momento en el cual se publicaron dos obras, y las celebraciones del centenario del nacimiento de Juan Santamaría, antecedente de la creación del actual Museo Histórico Cultural Juan Santamaría.¹¹

Como se observa, y como es natural, los aniversarios son ocasión propicia para el despliegue de una coyuntura memorial, pero la naturaleza de la conmemoración está siempre marcada por el contexto en el cual se celebra: cada conmemoración es una lectura del pasado desde el presente y una forma de usar el pasado para discurrir sobre el presente. Así, por ejemplo, la coyuntura de los años 1880 y 1890 se enmarca en el conflicto de Costa Rica, Nicaragua y los otros estados del istmo contra la pretensión de Justo Rufino Barrios, presidente de Guatemala, de unificar Centroamérica por medio de la fuerza militar. De igual manera, los festejos del centenario no pueden dissociarse del contexto de guerra fría, dictaduras y lucha contra el comunismo que dominaba en esos años; recordemos la intervención de Estados Unidos

¹¹ Conviene indicar que la historia de la memoria de estos acontecimientos ha estado marcada por momentos de polémica entre distintos autores; en el caso de Costa Rica, en relación de la existencia de la persona de Juan Santamaría y en el caso de Nicaragua, ha habido debates entre liberales y conservadores sobre personajes como el liberal Máximo Jerez y su responsabilidad en la venida de Walker a Nicaragua.

en Guatemala y la caída del presidente Jacobo Arbenz en 1954 y el asesinato del dictador Anastasio Somoza García en septiembre de 1956, pocos días después de los festejos nicaragüenses del centenario. Por último, como hemos sido testigos, en el caso de Costa Rica en la coyuntura memorial asociada al sesquicentenario de aquellos sucesos, distintos actores intentaron crear una vinculación entre esos festejos y las discusiones sobre la aprobación del TLC con los Estados Unidos. En suma, cada coyuntura conmemorativa corresponde a un contexto específico.

Este trabajo no solo se ocupa de estudiar una memoria nacional a partir de una historia o si se prefiere a partir de un conjunto de obras de historia, sino que además intenta cotejar varias memorias nacionales, es decir, pretende confrontar las versiones que dichas obras de historia de tres naciones distintas han elaborado sobre esos acontecimientos. Al respecto debemos señalar algunos asuntos, circunstancia que demanda una reflexión metodológica sobre el problema de la comparación en historia.

Memorias comparadas, historias entrecruzadas

La historia de la memoria nacional, vista desde la historiografía, presenta el doble interés para el historiador de plantear, por un lado, el problema siempre recurrente de la dimensión social de la historia como saber o, más precisamente, de sus determinaciones sociales y de sus consecuencias prácticas y, por otro lado, la cuestión de las condiciones de posibilidad de la historia como conocimiento científicamente orientado, las cuales han sido profundamente cuestionadas por el llamado posmodernismo, en las últimas tres décadas.

Como es sabido, dentro de la memoria nacional costarricense, la guerra contra los filibusteros ha generado,

como diría una historiadora francesa,¹² todo un *kit* que integra una serie de recursos e instrumentos con fines de identidad nacional, el cual incluye héroes, efemérides, monumentos, iconografías y, por supuesto, obras de historia. Se podría decir que la nación costarricense está saturada de lugares de memoria, según la expresión de Pierre Nora, cuyo tema es la guerra contra William Walker.¹³ Sin embargo, como esta es una historia que, para empezar, no ocurrió principalmente en el territorio de Costa Rica, parecía necesario no solo ver como la habíamos contado nosotros en nuestro país, sino los otros en el suyo. Esos otros eran, obviamente, nuestros vecinos de Nicaragua y también los otros centroamericanos puesto que sus respectivos estados también enviaron soldados al teatro de la guerra y, en el caso de Honduras, experimentaron una invasión, la última, que terminó con la muerte del filibustero.

En consecuencia, se consideró evidente que se trataba de estudiar no solo como se había contado la historia en Costa Rica, sino también en otros lugares directamente afectados por aquellos acontecimientos. Surgió así la propuesta de hacer una historia comparada de las memorias nacionales de la guerra contra los filibusteros que involucrara, al menos, a los dos países más directamente afectados por la guerra: Nicaragua y Costa Rica. La idea recibió sustento e inspiración en un trabajo de una destacada historiadora francesa que estudió en forma comparativa el recuerdo de un acontecimiento histórico extraordinario en los tres universos culturales sobre los cuales tuvo profundas consecuencias: Marruecos y el mundo musulmán del Magreb, los judíos de esa misma parte del mundo, y Portugal y el mundo europeo cristiano en general. Este trabajo como objeto de inspiración es muy estimulante, pero también muy desafiante, porque se trata de

¹² Anne-Marie Thiesse, *La création des identités nationales. Europe XVIIIe-XXe siècle*, (Paris : Seuil, 1999), 320.

¹³ Pierre Nora "Entre mémoire et histoire. La problématique des lieux" in, del mismo autor, *Les lieux de mémoire. I, La République*, (Paris : Gallimard, 1984), XVII-XLII.

una investigación realizada a lo largo de muchos años y en archivos y bibliotecas de los tres mundos citados.¹⁴

En suma, se partió con la pretensión de comparar las memorias de Nicaragua y Costa Rica, teniendo por punto de mira los libros de historia que en ambos países se han escrito sobre este tema desde el siglo XIX y hasta el presente. Pero rápidamente, vimos que ese supuesto tenía un problema ya que esas historiografías existían en una especie de relación triangular con las obras que en los Estados Unidos se han escrito sobre este episodio. De modo, que no se trataba de cotejar dos memorias nacionales sino más bien tres, una de las cuales es un tipo de memoria particular porque es nacional y al mismo tiempo imperial.¹⁵

El estado-nación opera tanto para los actores sociales como para los científicos sociales, como un marco cognitivo a través del cual se percibe la realidad, como una lente por la cual pasa nuestra mirada, y con este supuesto pensamos que se debían confrontar tres entidades bien delimitadas: la memoria nacional costarricense, la memoria nacional nicaragüense y la memoria nacional estadounidense. Procedimos de esa manera hasta que comprendimos que dichas memorias no eran entes separados o campanas de cristal que había que colocar la una al lado de la otra, sino lugares, arenas, espacios de intercambio y de interacción, en donde la una fungía como espejo de la otra, o más bien de las otras. De este modo, el supuesto metodológico de comparar memorias requería una calificación porque se basaba en una distinción quizás no tan clara entre cada

¹⁴ Lucette Valensi, *Fables de la mémoire. La glorieuse bataille des trois rois* (Paris : Éditions du Seuil, 1992), 279.

¹⁵ Para ver las discusiones actuales sobre la problemática imperial de los Estados Unidos, se puede consultar: Frederick Cooper, Craig Calhoun, and Kevin W. Moore (Eds.) *Lessons of Empire. Imperial Histories and American Power* (New York and London: The New Press, 2006), 342; La revista *History and Theory* (Estados Unidos), 45, n. 4 (diciembre 2005) está dedicada integralmente a la discusión de la problemática de los imperios. Puede consultarse, además: la revista *Daedalus* (Estados Unidos), Spring 2005) y la obra del historiador británico de la corriente de los "nuevos imperialistas", Niall Fergusson, *Colossus. The Rise and Fall of the American Empire* (New York : Penguin Books, 2004).

una de ellas. En efecto, se compara lo uno con lo otro, pero no es exactamente lo mismo comparar lo uno cuando es también lo otro. De esta manera, el proyecto de las memorias nacionales comparadas debía ser complementado o eventualmente corregido por la realidad de las historias compartidas o si se prefiere entrecruzadas.

Los análisis comparativos se basan en un doble supuesto: por un lado, lo que se va cotejar es comparable según determinados criterios de similitud; por otro lado, dichas similitudes pueden deberse a razones temporales o del orden de la duración en la medida en que los procesos y fenómenos que se van a comparar comparten un mismo arco de tiempo o pueden ser el resultado de la naturaleza del proceso, el cual presenta determinadas semejanzas estructurales a pesar de estar en tiempos diferentes; este es el caso, por ejemplo, de los estudios comparativos sobre las revoluciones sociales.¹⁶

En nuestro caso parecía bastante evidente que era posible comparar las historiografías sobre una historia compartida por diferentes países. El procedimiento no es particularmente original en cuanto a lo que comparar se refiere en el caso de los estudios sobre la historia de Centroamérica pues sabemos que existen trabajos comparativos sobre la expansión cafetalera, los enclaves bananeros y los regímenes políticos, para citar algunos ejemplos.¹⁷ Así, se trataba de aplicar los análisis comparados a un campo de recién aparición en el istmo, es decir, los estudios sobre la memoria nacional.

¹⁶ Sobre la historia comparada se puede consultar: Theda Skocpol *Los estados y las revoluciones sociales* (México: Fondo de Cultura Económica, 1984), 66-76 y de la misma autora "Emerging Agendas and Recurrent Strategies in Historical Sociology", in, Theda Skocpol (Ed) *Vision and Method in Historical Sociology* (Cambridge: Cambridge University Press, 1984), 356-391. También puede consultarse el trabajo de Jürgen Kocka "La comparación histórica", in del mismo autor, *Historia social y conciencia histórica* (Madrid: Marcial Pons, 2002), 43-64.

¹⁷ Se pueden citar a título de ejemplo de tales estudios comparativos los siguientes: Robert G. Williams *States and Social Evolution. Coffee and the Rise of National Government in Central America* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1994), 357 y James Mahoney *The Legacies of Liberalism. Path Dependence and Political Regimes in Central America* (Baltimore: John Hopkins University Press, 2001), 396.

Ahora bien, a medida que se fue desarrollando nuestro estudio nos percatamos de que las historiografías sobre la guerra contra los filibusteros no han sido compartimentos estancos sino que, por el contrario, se han interpelado mutuamente a lo largo de este último siglo y medio. No es simplemente que la versión de determinados hechos relevantes difiere de un país a otro, sino que dichas versiones suponen confrontaciones o polémicas, unas implícitas, otras explícitas. Además, las historiografías se apoyan una con otra para polemizar o para enfrentarse con la tercera. Así, la comparación debe reconocer que está obligada a complementarse, o quizás a subordinarse a esta circunstancia de una continua interacción entre las versiones de los distintos países. De esta manera, no solo se trata de memorias comparadas, sino también de memorias compartidas y conectadas o, si se prefiere de historias entrecruzadas.¹⁸

Convendría hacer una distinción entre la situación de las obras de historia y las memorias nacionales que estas obras de historia alimentan. En efecto, si los historiadores, memorialistas, periodistas y ensayistas que han escrito sobre aquellos acontecimientos no ignoran lo que los vecinos han escrito, aunque si pueden eventualmente silenciarlo o distorsionarlo; el público y el pueblo en general ignora la versión de la historia que se cuenta donde el vecino. Así, por ejemplo, es representativo del fenómeno ciertas pseudo-discusiones entre legos sobre la famosa batalla de Rivas y su verdadero héroe, el costarricense Juan Santamaría o el nicaragüense Emmanuel Mongalo; polémicas que se basan en una lamentable confusión cronológica, lo cual es sintomático de las mutuas ignorancias de las respectivas memorias nacionales.¹⁹

Pero más allá de las memorias están los propios procesos históricos del cual intentan dar cuenta y es aquí donde se debería

¹⁸ Michael Werner y Benedicte Zimmermann (Eds.) "De la comparaison à l'histoire croisée" *Le genre humain* (Paris : Éditions du Seuil Abril, 2004), 239.

¹⁹ En este caso se confunden la batalla de Rivas del 29 de junio de 1855, donde se distinguió Emmanuel Mongalo, con la batalla de Rivas del 11 de abril de 1856, donde murió en forma heroica Juan Santamaría.

producir un desplazamiento de las memorias comparadas a las historias entrecruzadas. El término historia entrecruzada, o como se denomina originalmente en francés *histoire croisée*, precisamente intenta dar cuenta de estas situaciones en las cuales el supuesto de dos entidades claramente diferenciadas requiere ser calificado por la circunstancia de que ambas entidades en determinados momentos o situaciones cruzan sus trayectorias en un punto determinado de manera que su historia se confunde; en ese punto de intersección se producen eventos que afectan los elementos en presencia. En el punto de entrecruzamiento se producen reacciones en cadena que modifican la naturaleza y la trayectoria de las entidades entrecruzadas. El supuesto de la independencia o no resonancia de los objetos comparados no es aplicable en tales situaciones.²⁰

Así, por ejemplo, en el caso de Costa Rica y Nicaragua se debe reconocer que sus historias, desde la época de la independencia, por lo menos, se han entrecruzado, a pesar de que sus respectivos procesos de construcción del estado y de invención de la nación han tendido a constituirlos como entidades separadas y diferenciadas. No se trata de negar la especificidad de las respectivas evoluciones, sino más bien de reconocer que dichas evoluciones hacia la diferenciación son inseparables de los continuos entrecruzamientos de sus procesos históricos.

Como pudimos comprobar en una investigación realizada años atrás sobre los orígenes del discurso sobre la excepcionalidad costarricense, se debe admitir que los atributos que han servido para distinguir las peculiaridades de la nación costarricense fueron construidos en el espejo de Nicaragua y de los otros países centroamericanos. Así, mediante un juego de

²⁰ Los siguientes trabajos permiten conocer las aplicaciones de las historias relacionales, sean estas cruzadas, conectadas o compartidas: Lucette Valensi "Reflexiones sobre historias relacionadas: esperanzas mesiánicas en el Imperio Otomano, Portugal y Brasil durante el siglo XVII" (pp. 67-83), Serge Gruzinski "Mundialización, globalización y mestizajes en la Monarquía Católica", (pp. 217-237) y Sanjay Subrahmanyam "Sobre comparaciones y conexiones: notas sobre el estudio de los imperios ibéricos de Ultramar, 1490-1640" (pp. 239-262), in Roger Chartier y Antonio Feros (Directores) *Europa, América y el mundo. Tiempos históricos*, (Madrid: Marcial Pons, 2006).

comparaciones con Nicaragua, Costa Rica se atribuyó a sí misma sus características de país diferente, y, claro está, muy superior a su vecino inmediato y a sus otros vecinos. De igual manera, se debe decir que una de las preocupaciones primordiales de las elites costarricenses después de la independencia fue lograr su autonomía político-administrativa respecto de Nicaragua. De este modo se puede decir que Costa Rica, no solo se independizó de España y de Guatemala, sino sobre todo de Nicaragua.²¹ Además, como todos sabemos, los procesos de formación del estado en ambos países estuvieron marcados por sus disputas limítrofes y fronterizas, sobre el Partido de Nicoya y sobre la muy estratégica región del río San Juan y el lago de Nicaragua. Es posible, ciertamente, hacer historia comparada de Costa Rica y Nicaragua, pero es indudable que también se requiere trabajar en una perspectiva de historia entrecruzada de ambos países. En última instancia, ha sido esta relación mutua, la cual forma parte de otras relaciones más amplias, la que los formó a ambos países como estados y como naciones.

Ahora bien, como ya señalamos, la experiencia de comparar las memorias de estos dos países sobre la guerra contra William Walker rápidamente nos llevó a concluir que había que incluir una tercer versión con la cual las dos anteriores se enfrentaban continuamente, es decir, la manera de contar estos acontecimientos en los Estados Unidos. Precisamente, el gobierno de Costa Rica en 1886 encargó a Lorenzo Montúfar su libro *Walker en Centroamérica* con el fin de responder y corregir lo que decía Walker en su conocida obra, la cual había sido recientemente publicada como libro en español en Nicaragua. Además, quien consulte a Montúfar podrá comprobar que transcribe profusamente extensos párrafos del trabajo de Walker.²²

²¹ Víctor Hugo Acuña Ortega "La invención de la diferencia costarricense, 1810-1870", *Revista de Historia* (Costa Rica) 45, (enero-junio 2002), 191-228.

²² El periódico *El Porvenir de Nicaragua*, impreso en Rivas, publicó el libro de Walker, por entregas, a partir del 6 de junio de 1868, según afirma Justin Wolfe en su libro *The Everyday Nation-State. Community & Ethnicity in Nineteenth-Century Nicaragua*, (Lincoln and London: University of Nebraska Press, 2007), 87 y 223, nota 20.

Por lo tanto, si de comparar memorias se trataba, era necesario hacerlo no con dos sino con tres, puesto que las versiones de Costa Rica y Nicaragua se han servido de las obras estadounidenses para apuntalar sus respectivas visiones. Es interesante volver a repetir que una característica de la perspectiva estadounidense es que tiende a ignorar lo que se escribe en Centroamérica. Aunque se debe señalar que los pocos que se toman la molestia de leer a los centroamericanos, no resisten la tentación de polemizar con ellos, en particular en lo que se refiere a quien atribuirle los méritos de la toma de la Vía del Tránsito, es decir, a Vanderbilt, no a Mora, como pretenden los costarricenses y algunos, no todos, centroamericanos. Además, si los historiadores estadounidenses tienden a ignorar a los del istmo, a su vez el público estadounidense ignora a sus historiadores de manera que la expedición de Walker a Nicaragua y, en general, el filibusterismo de la década de 1850 son procesos que la memoria nacional de ese país ha cubierto con un manto de olvido.

El olvido en la memoria nacional y el descuido en la historiografía estadounidense se explican por esa circunstancia que hace que la nación opere como marco cognitivo que determina un campo de visión, en el cual quedan determinados puntos ciegos. No obstante, parece evidente que es posible y necesario pensar la historia de la guerra contra Walker como un buen ejemplo de historia cruzada de Estados Unidos, Nicaragua y Costa Rica, en un área, en particular, la región interoceánica, que ha operado como un locus de interacción entre los tres países. Este locus de interacción,²³ el cual podría ser definido como una región, ha sido escenario de una historia entrecruzada cuyas consecuencias no solo afectan esa específica región, sino también, y quizás sobre todo, a los tres países directamente involucrados. De este modo, el entrecruce no solo se refiere a las versiones sobre esta historia, sino al de los propios procesos

²³ He tomado esta útil noción de "locus de interacción" de: Sanjay Subrahmanyam "Connected Histories: Notes towards a reconfiguration of Early Modern Eurasia" *Modern Asian Studies*, (Gran Bretaña) 31, n. 3, (1997), 735-762.

históricos; es decir, el filibusterismo es un objeto entrecruzado y las miradas que sobre él se han producido también.

Por tanto, una vez más se puede decir que más allá de las memorias comparadas se encuentran las historias entrecruzadas. En efecto, ese episodio de la historia centroamericana es un evento importante de la historia de Estados Unidos y se ubica en un momento crucial de la historia de las relaciones entre los estados del norte y los estados del sur de ese país. En este sentido, la guerra contra los filibusteros no es historia nacional, ni costarricense, ni centroamericana, ni estadounidense, sino que, en la medida en que también involucró a Gran Bretaña, es una historia compartida por distintas partes del mundo atlántico. Podría ser considerada como un caso de "Atlantic History", pero la definición de esta es más limitada y quizás sea más útil verla en términos de *histoire croisée*.²⁴

La expedición de Walker a Nicaragua es el resultado, al final necesario, del entrecruce de un conjunto de historias: la expansión territorial de los Estados Unidos hacia el oeste y la fiebre del oro en California; el fracaso de la Federación Centroamericana, las dificultades para alcanzar la centralización política en el estado de Nicaragua y el relativo éxito de dicho proceso en el caso de Costa Rica. Finalmente, estos procesos confluyeron y se articularon en un espacio geoestratégicamente clave desde la época de los descubrimientos, la vía interoceánica, y que adquirió mayor importancia en el marco de los procesos históricos acabados de citar.

En esta y en otras coyunturas se han entrecruzado las historias de los estados centroamericanos con la de la nación-

²⁴ Por su objeto central, la trata de esclavos, su espacio, el mundo atlántico, y su arco temporal, los siglos XVI-XIX, la historia atlántica tiene menor alcance que estas otras dos formas de historia relacional. Sobre la historia atlántica puede consultarse el trabajo de Alison Games "Atlantic History: Definitions, Challenges, and Opportunities", *American Historical Review* (United States) 111, n. 3, (June 2006) y el libro de Bernard Bailyn, *Atlantic History: Concept and Contours* (Cambridge, Mass.: Harvard University Press, 2005), 149. Para un estudio de caso en esta perspectiva, véase: Lara Putnam "To Study the Fragments /Whole: Microhistory and the Atlantic World", *Journal of Social History* (Estados Unidos) 39, n. 3, (Spring 2006), 615-630.

imperio Estados Unidos. Así, los procesos anteriormente descritos pueden ser vistos como el entrecruce en un único movimiento de los procesos de formación del estado en el norte y en el centro del continente americano, o, en términos generales, en todo el hemisferio occidental. En efecto, el filibusterismo estadounidense como proyecto expansionista y como proyecto fuertemente vinculado a los estados sureños es expresión del carácter inacabado del proceso de centralización política en el estado federal estadounidense, y su llegada a Nicaragua solo se comprende por la características de su estado, el cual presentaba los rasgos, para utilizar una discutible expresión actual, de un "estado fallido". Del mismo modo, el desenlace de la guerra, en el cual Costa Rica jugó un papel muy destacado se explica por las características de su estado.²⁵

En suma, la lección aprendida en este intento de comparar memorias nacionales es que detrás de ellas había una historia entrecruzada, compartida o conectada²⁶ y no solo entre vecinos, sino a escala global, de modo que la historia regional entrecruzada de Costa Rica y Nicaragua se entrecruza, valga la redundancia, con la historia global de la construcción de la nación-imperio estadounidense.

Elementos de análisis

La historia de la memoria de la guerra contra los filibusteros requiere una periodización o más bien varias periodizaciones. Así, en lo que respecta, a las obras estadounidenses, hemos elaborado una división por etapas que toma en consideración la coyuntura

²⁵ Sobre el proceso de formación del estado en Estados Unidos en una perspectiva global resulta muy esclarecedora la obra de Thomas Bender *A nation among nations. America's place in world history* (New York: Hill and Wang, 2006), 368; en especial el capítulo 3.

²⁶ Otro ejemplo de historia conectada es el trabajo de Serge Gruzinski "Les mondes mêlés de la monarchie catholique et autres "connected histories", *Annales HSS* (France) 1, (enero-febrero 2001), 85-117. Este autor desarrolló con amplitud esta perspectiva de historias conectadas en su libro *Les Quatre Parties du Monde* (Paris: Éditions de la Martinière, 2004).

de desarrollo del fenómeno que la historia relata, la evolución histórica de los Estados Unidos en el último siglo y medio, en particular, su camino en su constitución como nación-imperio y las características formales de las obras incluidas en el corpus.

En el caso de Estados Unidos es posible definir el corpus de la siguiente manera:

- Obras publicadas durante la década de 1850, contemporáneas de los eventos y predominantemente de propaganda a favor de los filibusteros. Aquellas que son críticas, lo son de la forma o el estilo filibustero, si se permite la expresión, pero no de la ideología del destino manifiesto y del carácter inevitable y deseable del expansionismo estadounidense en el continente americano.
- Memorias de filibusteros publicadas después de la guerra de secesión y con la intención de rescatar del olvido los hechos gloriosos de Walker y de sus seguidores.
- Obras de propaganda imperialista publicadas a fines de siglo XIX y en las dos primeras décadas del siglo XX, cuando Estados Unidos asciende al rango de potencia imperialista a nivel internacional
- Obras publicadas desde el fin de la primera guerra mundial y hasta inicios de la década de 1970 en las cuales se cuenta la historia de Walker por su colorido y por el valor ejemplar del personaje como expresión de la osadía estadounidense, independientemente del carácter equivocado de su causa. En esta etapa, la dimensión enigmática y peculiar del personaje atrae lecturas pretendidamente psicoanalíticas, según las cuales Walker tenía algún desorden sexual.
- Obras publicadas después de 1970, en el contexto de la guerra de Vietnam, en las cuales al fin el personaje y otros filibusteros son objeto de análisis por parte de la historiografía universitaria.

Dicho esto Walker sigue siendo desconocido por el público estadounidense y el filibusterismo es un fenómeno descuidado o pasado por alto en el mundo universitario por quienes estudian temas tales como las relaciones internacionales, el periodo previo a la guerra de secesión y la construcción de Estados Unidos como imperio.

En cuanto a Nicaragua y Costa Rica hemos mantenido una distinción más bien básica entre, por una parte, las obras de testigos o protagonistas, contemporáneos de los sucesos, publicadas en su mayoría en el siglo XIX, con la excepción del libro del nicaragüense, Francisco Ortega Arancibia (1911); y, por otra parte, las obras escritas por personas que no fueron contemporáneas de los acontecimientos y que escribieron más bien libros de historia, antes que memorias o testimonios. Por las características del desarrollo de la historia como disciplina en estos países la separación entre una historia propiamente universitaria y una historia de aficionados es menos clara, sobre todo en el caso de Nicaragua porque en ese país el autor más importante en el tema de Walker y la guerra es una persona que no es un historiador profesional propiamente dicho, nos referimos al médico Alejandro Bolaños Geyer.

Como nos lo enseña Maurice Halbwachs, la memoria es un atributo o una acción de un sujeto y cuando hablamos de memoria colectiva, de un sujeto social. En consecuencia, toda memoria es transportada por determinados actores sociales.²⁷ En el caso de la guerra contra Walker es fácil distinguir posiciones, interpretaciones y perspectivas detrás de las cuales encontramos los siguientes sujetos sociales: los estados, las naciones y los partidos o las facciones. Aquí nos interesan, en Nicaragua, el partido liberal y el conservador y, en Costa Rica, podría ser pertinente la oposición entre

²⁷ Halbwachs, *La mémoire collective*, 94 : "Au reste si la mémoire collective tire sa force et sa durée de ce qu'elle a pour support un ensemble d'hommes, ce sont cependant des individus qui se souviennent, en tant que membres du groupe". Más adelante agrega : "Toute mémoire collective a pour support un groupe limité dans l'espace et dans le temps" (p. 137).

“moristas” y “antimoristas”, es decir, entre partidarios y adversarios de Juan Rafael Mora y su facción.

En relación con el método de análisis de las obras, debemos señalar que en cuanto a su contenido nos interesa considerar: su articulación narrativa, es decir, eventos, protagonistas y causas que son retenidos en la narración, junto con lo que podríamos denominar la fundamentación ideológica de los relatos, es decir, los valores, supuestos e ideas generales con los cuales son construidos; en cuanto a los autores nos interesa su origen y trayectoria en términos de su vida pública, aunque algunos elementos de su vida privada podrían ser considerados relevantes; en fin, el contexto histórico-social es importante, tanto en términos de los autores como de sus obras.

La guerra contra los filibusteros se sitúa en una coyuntura de la historia de Nicaragua y, subsidiariamente, de Costa Rica que se ubica entre 1854, año en que se inicia la guerra civil en Nicaragua que enfrenta a legitimistas y democráticos y 1858, cuando se normalizan las relaciones entre Costa Rica y Nicaragua o hasta 1860, cuando Walker es fusilado en Trujillo, Honduras, y cuando Juan Rafael Mora es fusilado en Puntarenas, Costa Rica. Convendría agregar que el episodio de Walker en Nicaragua no es un hecho aislado, ya que el filibusterismo fue un fenómeno característico de Estados Unidos en el periodo situado entre 1848, fin de la guerra de conquista contra México, y 1861, inicio de la Guerra de Secesión.²⁸ Como es conocido, antes de ser contratado para venir a Nicaragua, Walker había realizado una fracasada expedición filibustera contra los territorios mexicanos de Baja California y Sonora.

En este arco de tiempo los que cuentan la historia articulan una narración que trama eventos, protagonistas y causalidades, relato que fija una determinada versión que se convierte en una memoria de ese proceso. Los diferentes autores en los distintos

²⁸ Sintetiza la experiencia filibustera estadounidense de esos años, además de la ya citada obra de May, el libro de Charles H. Brown, *Agents of Manifest Destiny. The Lives and Times of the Filibusters* (Chapel Hill: University of North Carolina Press, 1980), 525.

momentos magnifican, minimizan, olvidan o silencian distintos componentes del proceso. Algunos de los temas principales de cualquier narración histórica sobre la guerra contra Walker serían los siguientes:

- Las divisiones y pugnas de las elites de Nicaragua después de la independencia.
- Los responsables de la llegada de Walker a Nicaragua y la actitud de las elites y el pueblo de Nicaragua tras su ascenso al poder a partir de octubre de 1855.
- La actitud de Costa Rica frente a la presencia de Walker en Nicaragua, entre junio y noviembre de 1855.
- La verdaderas intenciones de Juan Rafael Mora y de sectores de la elite costarricense frente a Nicaragua en relación con la Vía del Tránsito y la cuestión canalera.
- La batalla de Rivas del 11 de abril de 1856: los errores militares de Mora; la acción de Juan Santamaría; la importancia de esta batalla y sus consecuencias.
- La actitud de los otros gobiernos centroamericanos frente a la presencia de Walker en Nicaragua, hasta abril de 1856.
- Los conflictos y las rivalidades entre los jefes de los ejércitos centroamericanos desde julio de 1856 hasta marzo de 1857 y su impericia militar.
- Las divisiones y rivalidades entre las propias fuerzas nicaragüenses.
- La toma de los vapores y de las fortificaciones en el río San Juan y el lago de Nicaragua: la idea y los méritos: ¿los estadounidenses Cornelius Vanderbilt y Sylvanus Spencer o Mora y los costarricenses?

- El factor determinante de la derrota de los filibusteros: los méritos de Juan Rafael Mora y de Costa Rica.
- La batalla de Rivas del 11 de abril de 1857: la vanidad de José Joaquín Mora, costarricense y comandante en jefe de los ejércitos centroamericanos.
- Las condiciones de la rendición de Walker: las responsabilidades del general costarricense José Joaquín Mora; ¿una vergüenza para los centroamericanos?
- Los amagos de guerra entre Costa Rica y Nicaragua a fines de 1857.
- El papel del gobierno de Estados Unidos en estos acontecimientos. ¿Es el destino manifiesto un asunto del pasado?
- ¿Cuál es la periodización adecuada de esta guerra? ¿Cuál es el nombre que mejor le conviene “campana nacional” o “guerra nacional”. ¿Cual adjetivo: centroamericana, nicaragüense, costarricense?

Estos distintos temas o problemas definen las vertientes de la memoria, la vertiente estadounidense, la vertiente nicaragüense y la vertiente costarricense. Aquí nos vamos a detener solamente en algunos de los principales elementos que, según nuestro criterio, delimitan la divisoria de aguas entre cada uno de esos tres países, en su forma de recordar la guerra contra los filibusteros.

Versión nicaragüense

La historiografía nicaragüense sobre la guerra contra los filibusteros es más abundante que la costarricense,

circunstancia que parece normal; pero, también es mucho más temprana. En efecto, Jerónimo Pérez fue el primer historiador nicaragüense de esta guerra, cuya obra titulada *Memorias* fue publicada en dos volúmenes, el primero en 1865 y el segundo en 1873. Pérez fue protagonista de los eventos en el bando conservador y al lado del general legitimista Tomás Martínez, al cual acompañó al gobierno cuando este fue nombrado presidente de Nicaragua en 1858.²⁹

Así, se puede decir que la obra de Pérez establece la visión conservadora de la guerra contra Walker; aunque hay que reconocer que este autor intenta mantener a lo largo de su narración una postura equilibrada y ponderada. Su trabajo puede ser considerado como un alegato contra la guerra civil, la cual considera un mal absoluto que, por razones que no brinda, los nicaragüenses han soportado desde los tiempos de la independencia. El paroxismo de ese mal absoluto fue la guerra civil de 1854-55 que tuvo por consecuencia la traída de William Walker y sus filibusteros a Nicaragua.

Para Pérez los liberales y, en particular, Máximo Jerez y Francisco Castellón cargan la responsabilidad de la llegada de los filibusteros a Centroamérica. He aquí un tema que abre un punto de disputa entre la versión de los liberales y la versión de los conservadores, tema también sobre el cual va a tomar posición la historiografía costarricense. Eso no obsta para que Pérez reconozca la responsabilidad de Fruto Chamorro, presidente conservador, en el desencadenamiento y en el desarrollo de la guerra civil, que culmina con la toma de Granada por parte de Walker en octubre de 1855.

El segundo tema que merece ser considerado es el del papel de Costa Rica en la guerra. Al respecto, Pérez reconoce, punto en el que concuerdan todos los historiadores, que Costa Rica tomó la iniciativa de la guerra y que la acción de este país fue el factor determinante del triunfo, mediante la toma de los vapores y de la Vía del Tránsito. En contraste, Pérez

²⁹ Jerónimo Pérez, *Obras históricas completas* (Managua: Imprenta y encuadernación nacional, 1928), 847.

insiste mucho en la división y la ineficacia de los ejércitos de los otros países centroamericanos que llegaron a León a partir de julio de 1856.

Los puntos de discusión alrededor del papel de Costa Rica en la memoria nicaragüense, que aparecen por vez primera en la obra de Pérez, se refieren al mérito de la toma de los vapores y a las condiciones de la rendición de Walker en Rivas el 1º de mayo de 1857. Al respecto, para Pérez la idea de la toma de los vapores y de los fuertes de la vía interoceánica fue de Vanderbilt, pero no atribuye el éxito a Spencer y no intenta disminuir el mérito de los costarricenses en esos combates. Por el contrario, Pérez se muestra más crítico en relación con la conducta de José Joaquín Mora, general en jefe de los ejércitos centroamericanos en la última fase de la guerra. Para Pérez la forma de la capitulación de Walker fue una humillación para los centroamericanos y ella fue el resultado de una decisión precipitada de José Joaquín Mora, movido por su gran vanidad. No obstante, Pérez explícitamente afirma que Juan Rafael Mora y José María Cañas fueron quienes salvaron a Centroamérica del filibusterismo.

Un punto en el que este autor es claro y con el cual concuerdan todos los nicaragüenses que posteriormente escribieron sobre la guerra contra Walker, es que Costa Rica o, más precisamente, los hermanos Mora, aprovechándose de la debilidad y postración en que se encontraba Nicaragua al final de la guerra, pretendieron despojarla territorialmente, y con el pretexto de la seguridad ante el peligro de nuevas invasiones filibusteras, quisieron adueñarse de la Vía del Tránsito, es decir, del río San Juan, de una porción del lago de Nicaragua y del istmo de Rivas. En suma, a pesar de la ayuda brindada durante la guerra, la intención de Costa Rica, revelada al finalizar el conflicto, era dañar a Nicaragua despojándola del proyecto del canal interoceánico y, de paso, del Partido de Nicoya.

José Dolores Gámez en 1889 en su obra de síntesis de la historia de Nicaragua dedica una suma considerable de páginas, casi 160, a la guerra contra los filibusteros.³⁰ Su versión es la de un liberal, como expresamente lo señala, pero no en el estilo militante, para muchos irritante, de Lorenzo Montúfar.³¹ Así, para este autor la tragedia de Nicaragua en esta etapa de su historia es atribuible en su origen al presidente Fruto Chamorro y a los conservadores granadinos. Dada su posición liberal, no sorprende que intente salvar la responsabilidad de Castellón y Jerez por la llegada de Walker y, aunque afirma que no intenta justificar, sino explicar, trata de mostrar que Castellón y los liberales leoneses eran conscientes del peligro que el jefe filibustero representaba e intentaron controlarlo apenas había desembarcado, pero sin éxito. No obstante, el argumento principal de los liberales en ese momento, el cual Gámez suscribe, es que Walker era un mal, pero los legitimistas eran un mal mayor porque pretendían exterminar a los leoneses. Otro elemento típicamente liberal que introduce Gámez en su narración es el papel deplorable del clero el cual terminó convertido en “humilde cortesano” de los filibusteros.

Gámez, no se diferencia de Pérez en el tratamiento de la cuestión del papel jugado por Costa Rica durante la guerra y en lo que respecta a las divisiones de los ejércitos centroamericanos y a los errores del general José Joaquín Mora. También coincide con Pérez en mostrar las intenciones aviesas de Costa Rica respecto de la Vía del Tránsito, asunto en el que se extiende con bastantes detalles, en particular respecto de los famosos acuerdos entre el financista y aventurero William Webster y Juan Rafael Mora. En este sentido, la posición de Gámez en relación con Costa Rica es más crítica.

³⁰ José Dolores Gámez, *Historia de Nicaragua* (Managua: Tipografía El País, 1889), 855. En el marco del sesquicentenario de la guerra contra los filibusteros, la parte del libro de Gámez, relativa a este tema, fue publicado bajo el título *La guerra nacional*, (Managua: Aldilà Editor, 2006), 280.

³¹ Víctor Hugo Acuña Ortega “La historiografía liberal centroamericana: la obra de Lorenzo Montúfar (1823-1898)”, *Historia y Sociedad* (Medellín, 12, noviembre de 2006), 29-59.

Una cuestión que es importante para apreciar las vertientes de la memoria de la guerra contra Walker es la que se refiere a la periodización. En efecto, los nicaragüenses distinguen entre la “guerra civil” y la “guerra nacional”, mientras que los costarricenses hablan de la “primera campaña” y de la “segunda campaña” contra los filibusteros. Así, mientras que para los costarricenses su “campaña nacional” comienza en marzo de 1856, cuando el ejército marcha a Nicaragua; para los nicaragüenses su “guerra nacional” solo empieza en septiembre de 1856 cuando legitimistas y democráticos acuerdan unirse contra los filibusteros y cuando estos son derrotados en la hacienda San Jacinto por una fuerza legitimista dirigida por el general José Dolores Estrada. Dicha periodización no existe en la obra de Jerónimo Pérez, pero sí aparece ya en Gámez. Es importante señalar que esta periodización luego permitirá a algunos hablar de la “invasión” de los costarricenses en marzo-abril de 1856.

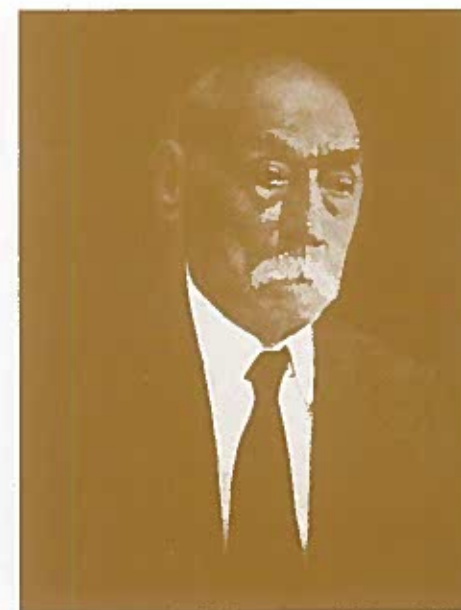
Francisco Ortega Arancibia escribe sus memorias de la guerra al final de su vida y las publica en 1911.³² Aunque combatió al lado de los legitimistas, en algún momento de su vida se hizo liberal, de modo que en esa óptica escribe su texto. En este sentido, su visión es próxima de la de Gámez. No obstante, Ortega Arancibia se distingue de Pérez y Gámez por tener una opinión más favorable sobre el papel de Costa Rica en la guerra. Así, por ejemplo, afirma que el plan de la toma de los vapores fue concebido entre Luis Molina, representante diplomático de Costa Rica en Estados Unidos, y el magnate Cornelius Vanderbilt. Más interesante es señalar que en lugar de censurar a José Joaquín Mora por la forma en que Walker depuso las armas, más bien lo elogia y afirma que Mora en aquellos momentos fue “hidalgo y magnánimo”.

Como se puede apreciar, los elementos básicos de la memoria nicaragüense, tal y como fue elaborada

32 Francisco Ortega Arancibia, *Cuarenta años (1838-1878) de historia de Nicaragua*, (Managua: Fondo de Promoción Cultural- Banco de América, 1975), 510.

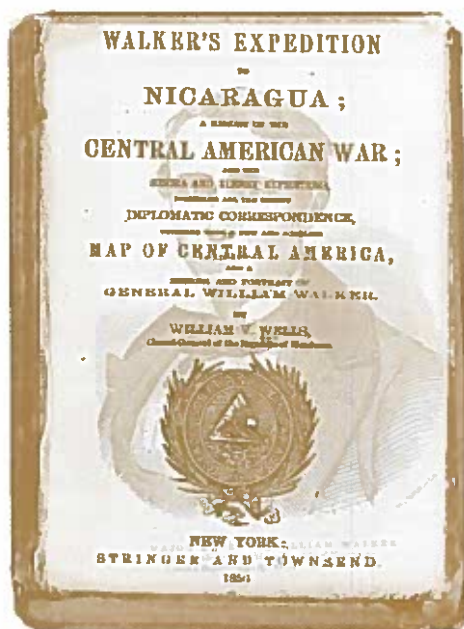


Archivo
MHCJS

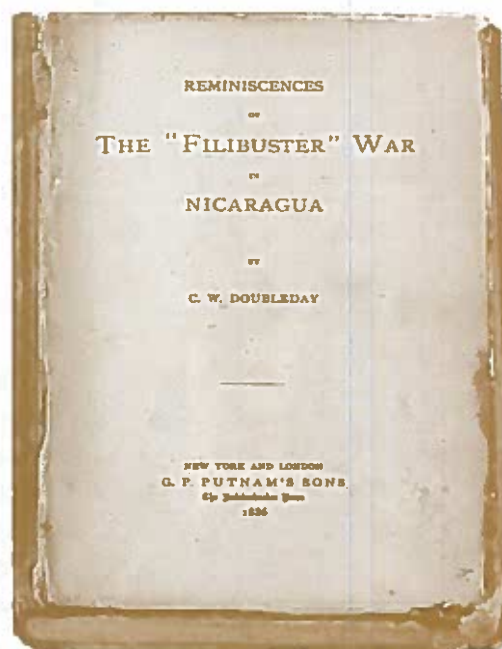


Archivo
MHCJS

Francisco Ortega Arancibia



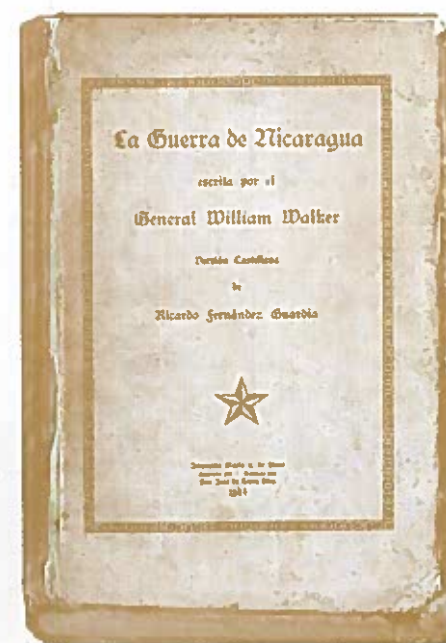
Reproducción
Biblioteca
MHCJS



Reproducción
Biblioteca
MHCJS



Reproducción
Biblioteca
MHCJS



Reproducción
Biblioteca
MHCJS



LICENCIADO DON JERONIMO PEREZ

Archivo
MHCJS



José
Dolores
Gámez
Archivo
MHCJS

por la historiografía, fueron establecidos por testigos y protagonistas de los hechos, es decir en el siglo XIX, aunque recordemos que el texto de Ortega Arancibia fue publicado a inicios del siglo siguiente. Los elementos más problemáticos de esta memoria que llegarán hasta el presente serán: la responsabilidad de la elite nicaragüense en la venida de los filibusteros, la cuestión del mal de sus guerras civiles frecuentes y el asunto de los designios y el papel de Costa Rica en la guerra.

Estas cuestiones reaparecen con claridad en el texto conmemorativo del centenario de la guerra encargado por el gobierno de Anastasio Somoza García a Ildefonso Palma Martínez, publicado en 1956.³³ Esta celebración fue organizada en conjunto por todos los estados centroamericanos en el marco de la desaparecida ODECA (Organización de los Estados Centroamericanos). La originalidad del libro de Palma respecto de las cuestiones señaladas es su insistencia en justificar a Jerez y a Castellón. Así, según Palma, en aquella época era un uso corriente por parte de los estados reclutar mercenarios y el contrato entre Byron Cole y Francisco Castellón, mediante el cual Walker vino a Nicaragua, fue un acto jurídico válido y legítimo. El problema radicó en que Walker irrespetó los términos de dicho contrato. Quizás, por el contexto de esa celebración Palma se abstiene de criticar al general José Joaquín Mora. Aunque reconoce el mérito de Costa Rica, este autor no cuenta en detalle los combates del río San Juan.

Alejandro Bolaños Geyer, recientemente fallecido, medico de profesión, nicaragüense, pero radicado en Estados Unidos durante muchos años, se dedicó desde 1971 al estudio de la vida de William Walker y su obra más importante la publicó entre 1989 y 1992. En el año 2003, el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría le editó una

³³ Ildefonso Palma Martínez, *La Guerra Nacional. Sus antecedentes y subsecuentes tentativas de invasión* (Managua: Edición del Centenario, 1956), 645.

nueva versión de su libro sobre el filibustero, el cual resume en un tomo su *opus magna* en cinco volúmenes.³⁴ Este es un trabajo excepcionalmente documentado y erudito; no obstante respecto de la memoria nicaragüense de la guerra se mantiene en los mismos parámetros, salvo en lo que se refiere al papel jugado por Costa Rica. En este punto Bolaños Geyer intenta disminuir los supuestos méritos de este país y acentúa sus segundas intenciones respecto de Nicaragua. Así, al inicio de la invasión de Walker en 1855, el gobierno de Costa Rica no solo no se mostró preocupado, sino más bien satisfecho porque esto contribuía al desangre y al debilitamiento del país vecino, lo cual armonizaba con las pretensiones de Juan Rafael Mora de apoderarse de la ruta del canal. Mora movilizó al ejército costarricense solo una vez que había terminado la cosecha de café, dejando que Walker se apoderara de Nicaragua. Bolaños Geyer retoma las críticas a Costa Rica planteadas a partir de la obra de Pérez, pero subraya que el mérito de la toma de los vapores fue de Spencer y de Vanderbilt y con mucha ironía resume su perspectiva de las acciones de los costarricenses, titulando uno de los capítulos de la obra "*Hermaníticos*". En suma, de todas las obras de la historiografía nicaragüense aquí presentadas es esta, que quizás sea revelador es la más reciente, la que presenta una posición más militante en contra de Costa Rica. Tal vez sea significativo que es la única obra que pasa por alto el problema de los conflictos de las elites nicaragüenses y su responsabilidad en la venida de los filibusteros a Centroamérica. En suma, a juzgar por el libro de Bolaños Geyer la memoria nicaragüense de la guerra evolucionó del siglo XIX al presente desde una óptica más moderada frente a Costa Rica a una visión más militante.

³⁴ Alejandro Bolaños Geyer, *William Walker: el predestinado* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2003), 481.

Versión costarricense

Como ya se dijo, la historiografía costarricense sobre la guerra nace con posterioridad a la historiografía nicaragüense y, además, es menos abundante. En sentido estricto, en Costa Rica han existido hasta el momento del sesquicentenario solo dos obras que han analizado en profundidad y extensamente este proceso, la de Lorenzo Montúfar, *Walker en Centroamérica* y la de Rafael Obregón Loría, en sus dos versiones de 1956 y 1991. No obstante, es en Costa Rica en donde se ha institucionalizado dicha memoria mediante el establecimiento de un museo cuya función es preservar la memoria oficial de aquellos acontecimientos y en donde las efemérides de la guerra parecen haber alcanzado mayor arraigo, por lo menos hasta hace algunos años, en el marco del calendario escolar.³⁵

La primera obra de envergadura sobre la guerra es la citada de Lorenzo Montúfar, guatemalteco que radicó por muchos años en Costa Rica, fue protagonista y testigo de la guerra contra Walker, como miembro del gobierno de Mora, y fue una figura política a escala centroamericana, ampliamente conocido por su militancia liberal y por su obra en 7 volúmenes *Reseña Histórica de Centro-América*, de la cual su libro sobre la guerra contra los filibusteros corresponde al tomo séptimo. Como es de suponerse, el libro de Montúfar surgió de un encargo del gobierno costarricense, aunque debe señalarse que se integró dentro de un proyecto en curso del autor, iniciado en 1878, bajo el auspicio del gobierno de Guatemala, es decir, la citada *Reseña*. Antes de Montúfar solo existía en Costa Rica lo que la prensa había publicado en los propios años del conflicto, algunos testimonios de protagonistas, pero que solo habían circulado en forma manuscrita, como el diario del general Máximo Blanco y las memorias del padre Brenes, publicadas en 1885. Como ya se dijo en 1883 se había publicado

³⁵ Raúl Aguilar Piedra, *La responsabilidad del Estado costarricense en la defensa del patrimonio. Un caso de estudio: el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría*, Universidad de Costa Rica, tesis de Licenciatura (1984), 236 más anexos.

en Nicaragua en forma de libro una traducción de la obra de Walker, circunstancia que motivó el encargo a Montúfar, con el fin, según se dijo, de corregir los errores y falsedades en que el filibustero incurría en relación con los sucesos de la guerra y, sobre todo, en relación con Costa Rica. En suma, se puede afirmar que el guatemalteco Lorenzo Montúfar fue el fundador, en el campo de la historiografía, de la memoria nacional costarricense sobre la guerra contra los filibusteros con su libro publicado en 1888.³⁶

Los elementos básicos de la memoria costarricense, sistematizados por primera vez por Montúfar, son reconocibles hasta el presente. En su historia los héroes son, en primer lugar, Juan Rafael Mora y, en segundo lugar, el pueblo costarricense. A ellos cupo la iniciativa de la lucha contra los filibusteros y fueron ellos quienes hicieron posible el triunfo, gracias a la campaña del río San Juan. El presidente Mora fue un visionario que desde el principio vio el peligro, concibió la fórmula estratégica para derrotar a los filibusteros y tuvo la grandeza de estar por encima de las luchas de partidos en las que se entramparon continuamente los jefes centroamericanos y los propios nicaragüenses, no solo antes de la llegada de Walker, sino durante y después de la guerra. En relación con la división de los jefes militares centroamericanos y en otros puntos este autor coincide con Jerónimo Pérez, cuya obra es una de las fuentes básicas de la suya. A pesar de que esta obra es una apología de Mora, Montúfar afirma que la idea de la toma de los vapores fue de Vanderbilt y que Spencer fue “el alma de la expedición”, aunque este sujeto no podía actuar solo, sin la ayuda de los costarricenses. No obstante, insiste en que la idea de controlar la Vía del Tránsito estaba presente desde los inicios del plan de Mora. Como veremos en este punto otros historiadores se oponen a Montúfar.

³⁶ Lorenzo Montúfar, *Walker en Centroamérica* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 2000), 731.

Pero el principal contencioso de la memoria oficial costarricense con Montúfar es Juan Santamaría. Como señala Carlos Meléndez en su prólogo a la edición del año 2000 de este libro, Montúfar fue uno de los primeros detractores de la figura del soldado alajuelense. En forma implícita, Montúfar sugiere que Juan Santamaría fue una invención de uno de los gobiernos de los hermanos Montealegre, enemigos de Mora y responsables de su fusilamiento. En este sentido, conviene decir que este autor señala que dentro de la elite costarricense hubo sectores que se opusieron al proyecto de Mora tanto durante la primera como en la segunda campaña.

Como corresponde a la versión liberal, Montúfar se esfuerza en justificar a Castellón y a Jerez, es decir, a los liberales leoneses y condena el despotismo de Fruto Chamorro y de los legitimistas. De igual manera, intenta defender a todo precio al liberal hondureño, general Trinidad Cabañas, compañero de armas de Francisco Morazán, el cual en diciembre de 1855 fue a Granada a solicitar la ayuda de Walker para recuperar el poder, del cual había sido despojado recientemente por los conservadores hondureños con la ayuda del dictador conservador guatemalteco, Rafael Carrera. Tras el fracaso de esta gestión, Cabañas se convirtió en acérrimo enemigo del filibustero.

Con Montúfar se inicia también uno de los aspectos problemáticos de la memoria nacional costarricense: sus silencios o excusas en relación con determinados aspectos de la guerra, aquellos que representan el núcleo de la crítica en la memoria nicaragüense: las condiciones de la capitulación de Walker en Rivas el 1º de mayo de 1857 y las intenciones de Mora de apoderarse de la ruta del Tránsito.

Francisco Montero Barrantes en el tomo II de su libro *Elementos de historia de Costa Rica (años 1856-1890)*, publicado en 1894, consagra sus primeras 97 páginas a la guerra contra los filibusteros. Este autor no se distancia básicamente de lo ya establecido por Montúfar, tanto en lo

que se refiere a sus énfasis como en relación con sus silencios. No obstante, se opone a este autor en lo que se refiere a Juan Santamaría y a la llamada segunda campaña. Así, para Montero Barrantes la idea fue de Mora, no de Vanderbilt y el “alma de la expedición”, según la expresión de Montúfar, fue Máximo Blanco, de acuerdo con el testimonio del padre Brenes. Spencer desaparece en esta versión puesto que sobre él Montero Barrantes guarda total silencio. De nuevo, se puede apreciar que uno de los componentes de la memoria costarricense es el silencio sobre determinados pasajes de esta historia.³⁷

En un pequeño trabajo titulado *La Campaña Nacional contra los filibusteros en 1856-1857. Breve reseña histórica*, escrito entre 1894 y 1895 en ocasión de los festejos de inauguración del Monumento Nacional, y publicado en 1897 en el libro conmemorativo de ese evento, Joaquín Bernardo Calvo Mora relata la historia de la guerra contra William Walker. Este autor básicamente retoma la versión de Montúfar con las correcciones de Montero Barrantes en lo que respecta a Juan Santamaría y a la segunda campaña, con base en el texto del padre Brenes y en un diario de Máximo Blanco al que tuvieron acceso todos estos autores, pero que solo fue publicado en el siglo XX. No obstante, Calvo guarda silencio en relación con las divisiones de la elite costarricense, pero comparte las otras omisiones de los autores ya señalados.³⁸

Al igual que en el caso de Nicaragua, se puede afirmar que las líneas básicas de la memoria nacional costarricense de la guerra contra los filibusteros quedaron establecidas, en el campo de la historiografía, ya a finales del siglo XIX. En esta perspectiva la historia es heroica y sirve para reconfirmar los atributos del pueblo costarricense, un pueblo feliz y exitoso,

³⁷ Francisco Montero Barrantes, *Elementos de historia de Costa Rica (años 1856-1890)*, (Tomo II, San José: Tipografía Nacional, 1894), 320.

³⁸ Joaquín Bernardo Calvo Mora, *La Campaña Nacional contra los filibusteros en 1856-1857. Breve reseña histórica* (San José: Tipografía Nacional, 1909), 94.

así en la paz como en la guerra. En este sentido, la memoria quedó fijada en el momento en que todavía vivían muchos de los contemporáneos de los acontecimientos y gracias a la obra de uno de sus protagonistas: Lorenzo Montúfar.

En 1924 el historiador costarricense Ricardo Fernández Guardia realizó una nueva traducción y publicó el libro de William Walker *La guerra en Nicaragua*, el cual prologó. En ese prólogo retoma los indicados elementos de la memoria costarricense, pero introduce o explicita un nuevo componente: una diatriba contra las elites nicaragüenses culpables de la venida de Walker y responsables de los peligros para su soberanía que en esos momentos corrían los estados centroamericanos porque Nicaragua se encontraba ocupada por tropas estadounidenses.³⁹

Con motivo del centenario Rafael Obregón Loría publicó en 1956 la primera versión de su obra, clásica en la historiografía costarricense, cuyo título es programático y emblemático *La Campaña del Tránsito*. En este texto es deudor de los autores que lo preceden, y comparte sus silencios pero se enfrenta con Montúfar en el asunto que es el título de su libro. Para este autor el mérito es solo de los costarricenses y su deuda con Vanderbilt y Spencer ha sido sobredimensionada. Conviene agregar, que Obregón Loría, posiblemente por el contexto centroamericano de las celebraciones del centenario, es muy discreto sobre las responsabilidades de las elites de Nicaragua en relación con la llegada de Walker a Centroamérica.⁴⁰

Este mismo autor publicó en 1991 una nueva versión de su libro en la cual abandonó el título precedente ya que lo denominó *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros*. En términos de la memoria costarricense este trabajo es coherente con la ortodoxia establecida y con el programa de la versión de 1956. Su principal innovación radica en su condena de las elites

³⁹ William Walker, *La guerra de Nicaragua* (Tr. de Ricardo Fernández Guardia, San José: Imprenta María v. de Lines, 1924), 418.

⁴⁰ Rafael Obregón Loría, *La Campaña del Tránsito* (San José: Imprenta Atenea, 1956), 383.

nicaragüenses, lo cual contrasta con su discreción respecto de esta cuestión en 1956. En última instancia, la obra de Obregón sintetiza en la perspectiva costarricense el conflicto entre las dos vertientes del recuerdo que hemos venido analizando: divididos por un río que sirve de límite: en una ribera un país supuestamente ideal, en consecuencia irreal, agrego yo; en la otra, un país supuestamente problemático y, quizás por eso, un poco más real.⁴¹

Versión estadounidense: el olvido y la invisibilidad

Como dijimos al principio, además de la centroamericana existe la historiografía del país de donde provenían los invasores, con sus varios componentes. Uno de ellos son los testimonios de los propios filibusteros, cuyo producto por excelencia sería el propio libro de William Walker, publicado en 1860, algunos meses antes de su muerte.⁴² Este tipo de historiografía tuvo vigencia en el siglo XIX y su tarea consistió en exaltar a esos “agentes del destino manifiesto” y en denigrar, en una perspectiva abiertamente racista, a quienes los combatieron. En el siglo XX ha surgido una historiografía de aficionados y otra profesional o universitaria. Ambas se han fijado como tarea combatir el olvido o la amnesia de la sociedad estadounidense en relación con este aspecto de su pasado, un capítulo de la historia de su expansionismo el cual incluye también el no muy edificante pasaje, a la luz de los valores actuales, de la guerra y el despojo de México en 1846-48.

Curiosamente como se muestra en un libro recientemente publicado por el crítico literario estadounidense Brady Harrison,

⁴¹ Rafael Obregón Loria, *Costa Rica y la guerra contra los filibusteros* (Alajuela: Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, 1991), 360.

⁴² William Walker, *The War in Nicaragua* (Mobile, Alabama: S.H. Goetzel & Co., 1860), 431.

la figura de William Walker aparece y reaparece en la literatura estadounidense, en un contrapunteo con el desarrollo imperial de esa potencia, y ha dado lugar a un subgénero literario denominado romance mercenario y ha sido un instrumento de reflexión sobre el denominado yo imperial estadounidense.⁴³ Sin embargo, como bien ha señalado Robert E. May, Walker, el cual fue una figura extremadamente popular en su tiempo, ha sido desterrado de la memoria nacional de Estados Unidos. En ese sentido, ni la literatura ni la historiografía han logrado restituir su recuerdo y alrededor de su figura persiste un pacto de olvido, que se explicaría por varios factores; pero el principal de todos sería que la figura de Walker inevitablemente ilumina el lado oscuro de la misión civilizadora que Estados Unidos se ha adjudicado desde la primera mitad del siglo XIX en el continente americano y ahora en todo el planeta.

A pesar de este olvido, el juego triangular de espejos de estas memorias está marcado por la forma en que en Estados Unidos se contó por primera vez y se ha vuelto a contar otras veces la historia de Walker. Así, lo que caracteriza la mirada imperial es su ceguera para percibir a los centroamericanos como actores por su propio mérito. De este modo, se presenta la historia de la expedición de Walker como un drama protagonizado solo por actores estadounidenses: los filibusteros, los capitalistas estadounidenses, aliados y enemigos del filibustero, el poder ejecutivo de Estados Unidos, etc. Además, siempre en la escena, adelante o tras bambalinas, se encuentran los pérfidos británicos, manipulando a los centroamericanos, y en particular, a los costarricenses. Aunque no pocos autores censuran el proyecto militarista y esclavista de Walker, casi todos lo inscriben en una visión de destino manifiesto según la cual no era mala idea intentar enseñar el buen gobierno y las claves del progreso a los ingobernables y degenerados centroamericanos. En suma, los centroamericanos, tanto las

⁴³ Brady Harrison, *Agent of Empire. William Walker and the Imperial Self in American Literature* (Athens and London: University of Georgia Press, 2004), 238.

elites como el pueblo, requerían y requieren hasta la fecha una regeneración, diseñada y conducida por Estados Unidos. Es sorprendente que incluso los historiadores universitarios estadounidenses han sido tributarios de una visión en la cual, en fin de cuentas, les resulta impensable concebir a Estados Unidos como imperio. Solo los autores más jóvenes, como es el caso de Harrison, ubican a Walker en un marco conceptual claramente antiimperialista.⁴⁴

En conclusión, en los últimos ciento cincuenta años las historiografías de la expedición de William Walker a Nicaragua y la guerra de resistencia que desencadenó han vivido en una interpelación y en una disputa continua. El uso político de este pasado sigue teniendo gran vigencia. Así, es posible que la reciente aparición de un pequeño grupo de historiadores en Estados Unidos dedicados a estudiar la figura de Walker y el fenómeno del filibusterismo en general, esté en relación con un contexto histórico marcado por el ascenso de Estados Unidos como hiper-potencia, por la desastrosa guerra de Irak y por los debates tanto en la prensa como en la academia estadounidenses sobre si ese país es o no imperio, o si debe o no debe serlo en la fase actual de su historia y en la época de la llamada globalización.

Es necesario insistir en el rasgo más significativo de la historiografía estadounidense: su ocultación de los actores centroamericanos. Académicos, aficionados a la historia y los mismos filibusteros memorialistas han repetido que Walker fue derrotado por el magnate naviero Cornelius Vanderbilt, por medio de su auxiliar el marinero Spencer; no por Juan Rafael Mora, los costarricenses y los otros centroamericanos. Así, la visión de los historiadores estadounidenses se traslapa con la

⁴⁴ Conviene señalar a dos jóvenes historiadores estadounidenses estudiosos del filibusterismo que también analizan a Estados Unidos en términos de la categoría de imperio: Michel Gobat, *Confronting the American Dream. Nicaragua under U. S. Imperial Rule* (Durham and London: Duke University Press, 2005), 374 y Aims Mc Guinness, *Path of Empire. Panama and the California Gold Rush* (Ithaca and London: Cornell University Press, 2008), 249. Cabe agregar el libro de la historiadora Amy Greenberg, *Manifest Manhood and the Antebellum American Empire* (Cambridge: Cambridge University Press, 2005), 323.

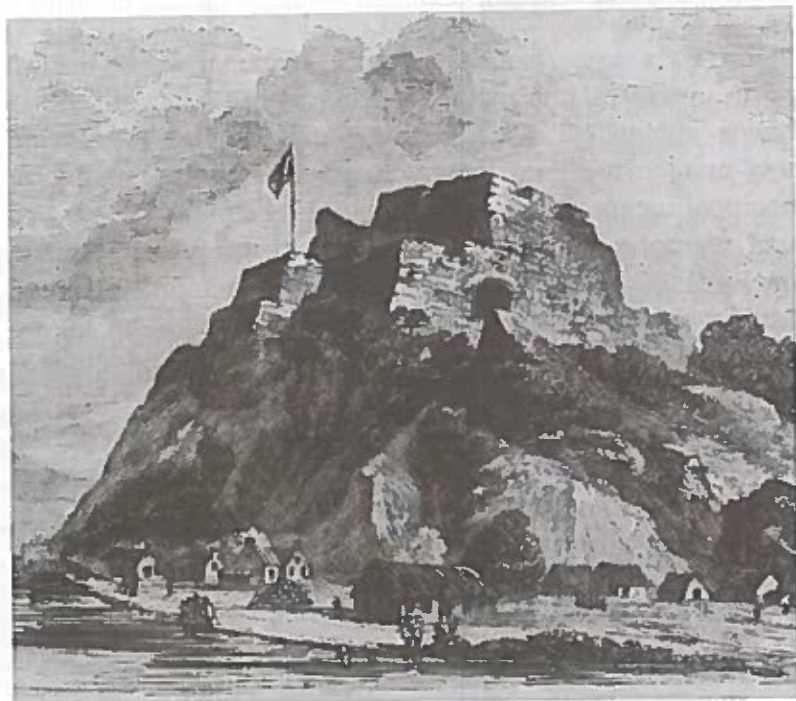
de los propios filibusteros, en cuanto a la invisibilización y en cuanto a la imputación de incapacidad para producir historia de estos pueblos que padecieron los males del filibusterismo. Para esta historiografía quienes fueron víctimas de Walker carecían de la capacidad de ser agentes de los procesos históricos. En este sentido, la historiografía estadounidense predominante no logra colocar las acciones filibusteras de William Walker en el contexto de la cuestión más amplia del imperialismo estadounidense y de sus sucesivas metamorfosis en sus relaciones con la América Latina.

Conclusión

El cotejo entre la memoria nicaragüense y la memoria costarricense de la guerra contra los filibusteros permite acercarse por una vía indirecta a la cuestión de cómo ambos países se han construido como estados y se han inventado como naciones. Así la memoria nacional costarricense de la guerra es una memoria de la autosatisfacción, de la buena conciencia y de la autocomplacencia, y proyecta una imagen nacional integrada; mientras que la memoria nacional nicaragüense es una memoria incómoda o, quizás, una memoria en conflicto, la cual proyecta una imagen nacional desgarrada. Por último, en la memoria nacional estadounidense esta guerra es más propiamente un olvido permanente y una incomprensión persistente de quienes fueron sus principales víctimas.

En fin, parece obvio que el desafío de la investigación histórica consiste en producir nuevos análisis e interpretaciones de este episodio de la historia centroamericana y de este pasaje de la historia de Estados Unidos, en los años dorados del filibusterismo y del destino manifiesto, que trascienda las visiones nacionales o nacionalistas y que restituya todos los actores y el lugar de cada uno de ellos. No hace falta decir

cuán urgente es en el presente esta tarea de hacer confluír las memorias, cuando las aguas del mismo río escenario, razón y protagonista de la guerra vuelven a oponer a Costa Rica y a Nicaragua, y cuando Estados Unidos, dicen tener, como Walker también creía, y como lo han creído en tantas otras ocasiones, la clave de un futuro prometedor para Centroamérica.



RECORDAR, ESTUDIAR Y ENSEÑAR LA GUERRA CONTRA LOS FILIBUSTEROS

VÍCTOR HUGO ACUÑA ORTEGA

RECORDAR, ESTUDIAR Y ENSEÑAR LA GUERRA CONTRA LOS FILIBUSTEROS*

La memoria social es un conjunto de representaciones que los grupos humanos elaboran sobre sus experiencias pasadas en y desde el presente; así, las conmemoraciones, como expresión de la memoria social, nos dicen tanto de lo que se rememora como del contexto y del momento en que se recuerda. Así, cada presente tiene su específica y particular forma de relacionarse con sus experiencias pretéritas. No hay recuerdo que no sea selectivo, de modo tal que recordar es también olvidar porque se rememora solo aquello que sobre la base de determinados supuestos, explícitos o implícitos, hemos decidido recordar. Así, recordar no es un acto espontáneo sino que es resultado de una compleja elaboración y, en los distintos presentes los recuerdos ganan o pierden vigencia. En tales condiciones es normal que nos preguntemos, más allá de los automatismos de las celebraciones, asociados a los centenarios o a cifras similares de carácter simbólico, en cuales términos debemos o podemos recordar, un siglo y medio después, la guerra contra los filibusteros de William Walker de 1855-1857.

* Conferencia impartida a asesores de Estudios Sociales del Ministerio de Educación Pública el jueves 9 de febrero de 2006 en el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría, Alajuela. Se publica con algunas correcciones formales.

A fines del siglo XIX, se inauguraron el monumento a Juan Santamaría y el Monumento Nacional en el marco de determinada agenda del estado y de la nación costarricense y en determinado contexto internacional, regional y hemisférico; lo mismo puede decirse de las conmemoraciones del centenario de los acontecimientos en 1956. Así, conviene reflexionar sobre las condiciones y las modalidades en que debemos recordar estos acontecimientos en el momento presente. Si tenemos la obligación de recordar aquella historia, dicho deber no puede dimanar únicamente de la circunstancia de que la celebración la hemos venido haciendo desde tiempo atrás, sino que debe tener alguna vinculación efectiva y práctica con nuestras realidades presentes.

Desde que el Estado costarricense determinó que la guerra contra William Walker debía formar parte de la memoria nacional, mediante distintos recursos conmemorativos, y hasta hace poco tiempo, el recuerdo de aquellos acontecimientos se inscribía dentro de un proyecto de construcción, de consolidación y de revalidación de Costa Rica como estado nacional. En la medida en que éramos una nación consolidada que había demostrado su viabilidad y, sobre todo, su originalidad y peculiaridad debíamos remitirnos a un momento fundacional o al menos capital en nuestro proceso de nacimiento como estado y como nación. Así, como era natural en nuestra invención como nación, debíamos probar que tuvimos nuestra hora gloriosa, nuestros héroes y nuestro momento fundacional de nuestro destino como nación.

Durante más de un siglo hemos creído que Costa Rica es un país excepcional y una nación ejemplar y exitosa. Ese tiempo parece haber ya pasado y en las últimas décadas el modelo costarricense ha empezado a dar muestras de agotamiento; nuestra convicción de ser excepcionales se ha resquebrajado; el mundo ha cambiado de manera radical y las nuevas formas de interconexión, de internacionalización y de dominación a nivel planetario nos hacen dudar sobre nuestra viabilidad

como estado-nación. No podemos decir con seguridad que Costa Rica como proyecto nacional tenga un futuro asegurado en el siglo XXI.

Este es el contexto en que nos corresponde el deber de recordar aquellos sucesos ocurridos a mediados del siglo XIX. Esos acontecimientos pueden ser vistos como nuestro primer cotejo con la potencia expansionista del continente de aquellos años y del presente, como nuestra primera confrontación con los otros centroamericanos frente a la interrogante sobre nuestra posibilidad de existencia como comunidades políticas independientes y, en fin, como la primera vez en que la sociedad costarricense tuvo que enfrentar un desafío histórico de envergadura. Estas cuestiones parecen conservar su vigencia: nuestro destino sigue vinculado al de los otros centroamericanos; nuestra relación con Estados Unidos sigue siendo una cuestión central; y, como ya dijimos, muchas dudas nos rondan sobre nuestro futuro como nación.

Hemos dicho que cada presente tiene su peculiar manera de articular las representaciones sobre su pasado. En nuestro caso el recuerdo de la guerra contra los filibusteros debe ser situado en nuevos contextos. Esto significa que ya no es posible presentarlo en una estrecha visión de historia nacional y debe ser reconstruido en un contexto de una historia internacional o global que se ocupe de las interconexiones múltiples que presenta el fenómeno. Así, el filibusterismo no es un episodio marginal y oscuro de la historia de los Estados Unidos, sino que representa un fenómeno clave en la historia de ese país en el periodo comprendido entre la guerra de conquista de Estados Unidos contra México de los años 1846-48 y el inicio de la guerra de secesión en 1861, época dominada por la ideología y el espíritu del destino manifiesto. Para William Walker y sus seguidores había un fundamento ético y una necesidad histórica, impuesta por la misma providencia, en sus acciones de dominación y conquista.

Ahora bien, si el destino manifiesto corresponde a una etapa del expansionismo estadounidense, la presunción de hegemonía, el supuesto de su superioridad ontológica y moral, es decir la persistencia de su ego imperial, es un rasgo estructural de largo plazo del patrón de las relaciones de Estados Unidos con la América Central y con el resto de la América Latina. Así nuestro deber de recordar la guerra contra los filibusteros forma parte de nuestra necesidad presente de pensar nuestras relaciones con la potencia hegemónica con la cual convivimos y a la cual estamos sometidos. Nuestra posibilidad de persistir como estado-nación es directamente proporcional a nuestra capacidad para conservar espacios de acción autónoma frente al proyecto imperial de Estados Unidos y frente a su peculiar manera de invitarnos a ser parte de la corriente actual de la globalización.

Se debe subrayar que el filibusterismo fue un aspecto de las relaciones entre Estados Unidos y América Latina sobre todo en la década de 1850. Así, como consecuencia del fin de la expansión continental estadounidense, al alcanzar el océano Pacífico, esas energías fueron canalizadas por algunos agentes privados en forma de expediciones filibusteras, no solo contra Nicaragua y Centroamérica sino sobre todo contra México y Cuba y hasta el lejano Ecuador. En consecuencia, la cuestión de los filibusteros no es algo específico de nuestra historia nacional, ni tampoco es asunto de unos cuantos aventureros aislados sino un proyecto de determinados sectores o agentes estadounidenses en un contexto de fiebre expansionista territorial. En este sentido, las incursiones de los filibusteros de mediados del siglo XIX inscriben nuestra historia en la de América Latina e inducen a reflexionar sobre como encontrar hoy una forma de co-existencia entre Estados Unidos y sus vecinos en este hemisferio, diferente de aquella que se forjó precisamente en aquellos años.

Si consideramos la guerra contra los filibusteros como un aspecto de un proceso global debemos también recordar

que se inscribe en las rivalidades entre los Estados Unidos y Gran Bretaña en el Caribe y la América Central, rivalidades cuyo trasfondo es la cuestión canalera. El carácter ístmico de Centroamérica y de Nicaragua, en particular, fue una cuestión esencial en las ambiciones y los proyectos de William Walker. Así, en esta época marcada por la mundialización, inevitablemente nos vemos impelidos a pensar los hechos de 1855-57 como un fenómeno inserto en un proceso global. En otras palabras, en nuestra época la guerra contra los filibusteros ya no puede ser contada, única o exclusivamente, en términos de una historia nacional o de una serie de historias nacionales, sino que deber ser repensada a la luz de una historia mundial o global, que ponga el acento en sus interconexiones o más precisamente, en sus distintos estratos de interconexión: a nivel del mundo atlántico, a nivel del Nuevo Mundo, al interior de Estados Unidos y a nivel regional centroamericano. Esta perspectiva de historia global es más acorde con el tiempo que vivimos y más adecuada con la realidad de los propios fenómenos que hoy tenemos el deber de recordar.

La guerra contra los filibusteros se ubica en un momento crucial del proceso de formación del estado en los Estados Unidos, momento que solo será resuelto tras la guerra de secesión de 1861-1865 y también en un momento crucial del proceso de formación de los estados en América Latina y en Centroamérica. Precisamente fue la casi total ausencia de centralización política y las disputas por el poder entre las elites nicaragüenses las que provocaron la traída de William Walker a Centroamérica. De igual manera, fue gracias a una mayor centralización política alcanzada, es decir, al nivel de maduración que el Estado costarricense había logrado en la época de Juan Rafael Mora, que fue posible que Costa Rica articulara, antes que los otros estados del istmo, una respuesta, relativamente rápida y a la postre exitosa, a la invasión de los filibusteros. De este modo, la cuestión del Estado, el grado de maduración de sus atributos de "estaticidad", es

capital para entender aquella guerra, tanto para comprender las ambigüedades y las dificultades del estado imperial para controlar las incursiones filibusteras y sus discrepancias internas alrededor del tema, como para interpretar las reacciones de los distintos estados centroamericanos. Sobra decir que el asunto es de actualidad en la medida en que una de las cuestiones contemporáneas en debate es el rol y la función del Estado.

La invasión de los filibusteros es, como hemos insistido, un capítulo importante en la historia de Estados Unidos y de sus relaciones con las repúblicas hispanoamericanas; pero es también un momento clave en la historia de las elites centroamericanas; no solo porque, como dijimos los conflictos de las elites nicaragüenses abonaron el terreno para la venida de los filibusteros, como porque la respuesta de las otras elites centroamericanas también estuvo mediada por su fraccionamiento entre liberales y conservadores. Conviene recordar que el liberal hondureño Trinidad Cabañas se presentó en Granada a fines de 1855 a pedirle a Walker su colaboración para recuperar el poder del cual había sido desalojado por los conservadores. De igual manera, hasta inicios de 1856, los liberales salvadoreños miraron con simpatía la llegada y las acciones de Walker. En otras palabras, retrospectivamente miramos la guerra contra los filibusteros como una gesta patriótica centroamericana y por medio de esta edificante definición, la memoria impone el olvido de que dicho patriotismo no surgió de repente y no sin contradicciones y contratiempos. De igual manera, las elites costarricenses mantuvieron diferencias respecto a la cuestión de los filibusteros y no todos sus integrantes estuvieron de acuerdo con la política adoptada por Juan Rafael Mora, antes y después de abril de 1856.

En términos más generales, recordemos que el proyecto de las elites centroamericanas para sus respectivos estados-naciones, tanto en aquellos años iniciales así como en otras etapas y hasta en los momentos actuales, ha estado marcado

por sus percepciones de Estados Unidos y de otras potencias: las potencias atlánticas han sido siempre para estas elites un modelo a imitar y una fuerza frente a la cual hay que acomodarse o, más raramente, rebelarse. Así, el deber de recordar la guerra contra los filibusteros forma parte de la necesidad presente de pensar la responsabilidad histórica de estas elites en el destino de nuestros países, destino que en muchos casos no es muy glorioso, por lo menos para la mayoría de sus empobrecidos pobladores.

También se nos impone el deber de recordar esta guerra en una perspectiva crítica que someta a revisión nuestra forma nacionalmente sesgada de verla. En efecto, de esta guerra circulan versiones elaboradas por protagonistas, historiadores, periodistas y escritores quienes expresan distintas memorias nacionales. De este modo, tenemos una visión estadounidense de la guerra, una visión nicaragüense, una visión costarricense y, en general, una visión centroamericana. Aquí la nación o la conciencia nacional opera como una especie de lente que condiciona la manera en que se construye la narrativa y el significado de la guerra; a su vez la mirada condicionada por esta lente de la guerra retroalimenta y da fundamento a esa conciencia nacional.

En consecuencia, recordar significa estudiar e investigar estas distintas versiones para intentar depurarlas de sus sesgos nacionalistas. Cada una de las versiones ha puesto énfasis y ha incurrido en silencios, los cuales en el presente nos corresponde revisar. Las versiones nicaragüenses reconocen el papel determinante de Costa Rica en el triunfo, pero muestran el lado oscuro, desde su punto de vista, de dicha participación. Por su parte, la memoria costarricense evita enfrentar la circunstancia de que a fines de 1857 Costa Rica y Nicaragua casi van a la guerra por el problema del control de la Vía del Tránsito, guerra que solo se detuvo por la nueva invasión de William Walker, la cual tomó desprevenidos a ambos países.

Evidentemente que no se trata de enfrascarse en una polémica nacionalista con los nicaragüenses alrededor de

la guerra contra los filibusteros, pero sí podría ser muy útil convertir sus críticas en temas de investigación y en motivo de reflexión en la medida en que ellas corresponden a silencios u omisiones en la memoria costarricense. Pero esos no son nuestros únicos silencios ya que nosotros no hemos hablado suficientemente sobre las personas que se opusieron a que Juan Rafael Mora lanzara a Costa Rica a la guerra contra los filibusteros. Hemos hablado del heroísmo de los soldados costarricenses, pero nunca hemos hablado de sus deserciones. ¿Acaso ese no debiera ser un tema para recordar y para investigar? La guerra es un fenómeno terrible, no hace falta decirlo, porque es destrucción, sufrimiento y muerte. De tal manera que desertar puede parecer vergonzoso, pero es algo profundamente humano.

Nuestra memoria de la guerra contra los filibusteros presenta incoherencias y contradicciones que deben ser objeto de análisis. En efecto, celebramos la batalla de Rivas y entronizamos en nuestro panteón a Juan Santamaría, pero esta batalla solo fue decisiva porque las fuerzas costarricenses lograron repeler el sorpresivo ataque de Walker, pero no para acabar con su presencia en Nicaragua, ya que este más bien terminó de afianzarse en el poder en los meses posteriores a abril de 1856 hasta llegar a proclamarse presidente de Nicaragua en julio de ese año; solo fue expulsado hasta un año y una semanas después del 11 de abril de 1856. Es posible que en el presente sea necesario revisar y reinterpretar el significado de esta fecha tan emblemática en la memoria oficial costarricense y en otras memorias que han intentado ser más críticas o alternativas frente a esta.

A pesar de la obra historiográfica de don Rafael Obregón Loria la memoria costarricense de la guerra contra los filibusteros sigue manteniendo en la sombra la llamada “Campaña del Tránsito”, la cual, a diferencia de la celebrada batalla de Rivas, sí fue determinante en la derrota de los filibusteros. Esta fase de la guerra merece ser recordada, ser

investigada y ser enseñada en nuestro tiempo tanto para ver su importancia estratégica como para valorar el papel de los distintos actores y el rol efectivo desempeñado por ese elusivo y oscuro personaje llamado Sylvanus Spencer, el cual ha sido borrado de nuestra memoria; en su lugar se ha puesto de relieve el papel jugado por el costarricense Máximo Blanco.

De igual manera, es curioso que, en el cuadro de las efemérides costarricenses de la guerra contra los filibusteros, los costarricenses hayamos relegado la batalla de Santa Rosa a un segundo plano, puesto que la celebración fue eliminada del calendario de días feriados, cuando esta reviste un significado estratégico muy importante en la medida en que fue, salvo los combates en La Trinidad en la desembocadura del río Sarapiquí, el único hecho de armas que se disputó en el territorio de la República de Costa Rica y sus consecuencias fueron muy importantes en la medida en que los filibusteros nunca más volvieron a penetrar en el espacio costarricense. En suma, recordar en nuestra época requiere revisar y revalorar nuestros recuerdos de modo que nos interroguemos sobre si no sería necesario reconstruir la narrativa de aquellos eventos con el fin de redistribuir, de manera más acorde con la realidad, los eventos y los protagonistas.

Reordenar y reorganizar nuestra memoria de aquellos acontecimientos requiere también que nos obliguemos a verlos desde la perspectiva de los nicaragüenses, ya que, al fin y al cabo, su país fue el teatro principal de los combates. Baste con recordar que entre finales de abril y principios de noviembre de 1856, momento en que las fuerzas costarricenses regresaron a la guerra, Walker siguió con su obra de destrucción en Nicaragua. Esto significa que debemos estudiar y enseñar los sucesos de la guerra acontecidos en Nicaragua en ese periodo en que las tropas costarricenses no estuvieron presentes en ese país. La guerra contra los filibusteros es un proceso unitario que se inicia, al menos desde la llegada de Walker en junio de 1855 y que se termina, en principio, con su capitulación

el 1º de mayo de 1857. Nuestra memoria debería cubrir todo ese periodo y debería intentar comprender la experiencia del pueblo nicaragüense tanto en la guerra civil entre facciones políticas que creó las condiciones para la venida de los filibusteros, como durante la fase de la ocupación filibustera que fue tan dramática para las poblaciones de ese país.

Las historias de la guerra contra los filibusteros y sus memorias asociadas están necesariamente impregnadas de las percepciones con las cuales una nación mira a las otras naciones, ya sea Nicaragua o los Estados Unidos en el caso de Costa Rica y viceversa. Por ejemplo, es claro que en la mayoría de las versiones estadounidenses de la guerra sus compatriotas son los verdaderos protagonistas, héroes o villanos, poco importa, y los centroamericanos tenemos el papel de extras o, peor aún, de peleles en aquellos sucesos. Para los costarricenses es claro que las divisiones internas de los nicaragüenses fueron el factor determinante de la llegada de los filibusteros y, en este sentido, nos resulta muy fácil juzgar a nuestros vecinos porque además pensamos que nuestra férrea unión fue el factor determinante de la derrota de Walker.

Sin embargo, pareciera que en nuestra época a la hora de recordar, estudiar y enseñar esta guerra nuestra tarea consiste más bien en tratar de explicar por que la sociedad nicaragüense tuvo tantas dificultades para encontrar la concordia y la estabilidad políticas después de la independencia. La sociedad costarricense se ha percibido a sí misma como una sociedad muy unida, sin grandes fracturas, ni antagonismos, aunque olvidamos que los sucesos de 1948 y su recuerdo nos desunieron profundamente. No obstante, en el presente tenemos muchas dificultades para reconstruir un proyecto común y, en este sentido, los sucesos de 1856, nos pueden dar materia de reflexión sobre la cuestión de cómo las sociedades pueden fraccionarse de forma muy autodestructiva o pueden unirse frente a grandes retos.

Así queda claro que no se puede recordar esta guerra sin tener en cuenta la cuestión de nuestras relaciones con Nicaragua, relaciones marcadas por la cuestión del río San Juan y por la cuestión de la anexión del Partido de Nicoya. En este sentido, en el presente recordar la guerra contra Walker implica tratar de analizar con prudencia y rigor la historia de nuestras relaciones con ese país con la voluntad clara de evitar fomentar posiciones agresivas y xenofóbicas. Para Walker Nicaragua era solo su punto de partida en su proyecto más amplio de apoderarse de todo el istmo y eventualmente de otras áreas del Caribe, lo cual significa que en aquellos años se jugó el destino de toda América Central, como muchos de los protagonistas lo percibieron claramente. Así, parece absurdo entrar en disputas con nuestros compañeros de infortunio, cuando de lo que trata es de comprender la complejidad y la globalidad del fenómeno.

No es contradictorio recordar esta guerra como momento clave de la formación de la nación costarricense, sin olvidar la dimensión centroamericana de esos acontecimientos. Desde julio de 1856 y hasta el final de la guerra ejércitos de Guatemala, El Salvador y Honduras pelearon en Nicaragua y esto lo debemos recordar los costarricenses. Para los historiadores de Nicaragua y Costa Rica estos ejércitos centroamericanos adolecieron de muchas fallas y errores, circunstancia que requiere ser analizada e interpretada. Esa fue una guerra centroamericana pero no tiene mucho sentido recordarla de manera mitificada ocultando el lado oscuro de la participación de los ejércitos centroamericanos.

También deberíamos ponernos a pensar en quienes eran esos filibusteros: por qué seguían a Walker; qué esperaban obtener como recompensa de sus aventuras y sufrimientos; en qué sentido eran representativos de mentalidades y culturas de amplios sectores del pueblo estadounidense y de los inmigrantes que en esos años acudían a ese país a “hacer la América”. Algunas razones tenían para sentirse seguros de que podían

derrotar con facilidad a los centroamericanos y en ese sentido traían alguna trayectoria previa que los incitaba a embarcarse en esta aventura. En otras palabras, los filibusteros eran algo más que bandidos y facinerosos, como estereotipadamente se nos suele decir, sino que eran expresión de determinadas realidades sociales y culturales de Estados Unidos en aquella época; por ejemplo, veteranos de la recién pasada guerra de despojo contra México. Pero eran también seres humanos de carne y hueso que vivían el absurdo de la guerra y que desertaban en determinados momentos tratando de salvar el pellejo. Quizás haya mucho en común entre esos filibusteros y los héroes y villanos de las historias de vaqueros del oeste. En el presente estamos en el deber de conocer mejor quienes fueron aquellos temibles adversarios que protagonizaron hechos respetables como la cura de los enfermos y heridos, luego de que las tropas costarricenses abandonaran Rivas huyendo del cólera, o actos tan perversos como la quema de Granada.

Nuestra memoria de la guerra pone énfasis en nuestros méritos y oculta errores y debilidades, como ya hemos dicho. La batalla de Rivas del 11 de abril de 1856 tuvo en su origen una gran impericia militar por parte de los jefes costarricenses quienes se dejaron sorprender por Walker. Así como este, se podrían señalar otros errores, pero además, somos muy omisos respecto de las prolongaciones de la guerra y, en particular, en lo que se refiere al derrocamiento y posterior fusilamiento del presidente Juan Rafael Mora. Ese es un capítulo de nuestra historia que tenemos dificultad para integrar en nuestra memoria. Convendría que nos preguntáramos que fue lo que hizo Mora como para que terminara su carrera política frente a un pelotón de fusilamiento integrado por muchos que habían sido sus compañeros de armas en la guerra contra los filibusteros.

En suma, nuestros recuerdos de la guerra en nuestro presente requieren ser ampliados, situados en un nuevo contexto y sometidos a crítica y revisión. Ciertamente que es

una especie de lugar común en la conciencia costarricense poner en duda la existencia de Juan Santamaría y la autenticidad de su acto de sacrificio. No en vano muchos historiadores se han esforzado en demostrar la existencia del personaje y la certeza de su sacrificio. Pero esta cuestión resulta más o menos trivial en relación con un asunto más esencial, el cual consiste en pensar la guerra a la luz de los desafíos del presente.

La guerra fue un fenómeno global, la guerra fue un fenómeno centroamericano; la guerra fue la expresión de una modalidad del expansionismo estadounidense, no una forma desviada o espuria producto de la perversión de unos cuantos de sus ciudadanos; la guerra fue algo más que el acto fraterno de los costarricenses por salvar a unos vecinos y hermanos en situación de extremo peligro; en fin, en esta guerra los costarricenses no siempre ganamos y no siempre estuvimos a la altura de las circunstancias, aunque, sin duda, nuestra participación fue determinante.

Pero más allá de la guerra deberíamos tratar de estudiar, para poderla recordar, a la sociedad y a las personas que la vivieron. Hay una historia social y cultural de la guerra que nunca se ha escrito. No es suficiente lo que sabemos sobre como vivían los costarricenses que fueron testigos y protagonistas de aquellos hechos de hace un siglo y medio; nos queda mucho por saber sobre sus motivaciones y razones para ir a la guerra; también poco sabemos sobre lo que vivieron sus familias durante su ausencia la cual para muchos fue definitiva. Hemos dicho que hubo sectores de las elites costarricenses que estuvieron en desacuerdo con la iniciativa de Juan Rafael Mora de ir a Nicaragua a luchar contra los filibusteros y esa sería otra temática que deberíamos investigar para poder enseñar y recordar. En suma, hay una historia social y cultural de la guerra que está aún por escribirse.

En última instancia pareciera que en nuestro tiempo sería deseable provocar un acercamiento y un nuevo tipo de relación entre la memoria y la investigación histórica; cuando

nos referimos a la investigación histórica estamos pensando en la que hacen los historiadores a nivel internacional, no solo en Costa Rica o en los otros países de América Central. Este acercamiento tendría como consecuencia que la memoria de la guerra contra los filibusteros ya no podría ser la misma en su naturaleza y en sus contenidos: en su naturaleza porque ya no podría ser tan simple, tan estable y tan unívoca; en sus contenidos porque tendría que incluir procesos y acontecimientos que se han olvidado o ignorado y porque aquellos que nos son conocidos deberían ser revalorados y reinterpretados.

En otras palabras, se debe renovar la memoria de la guerra por medio de un contacto más profundo con la historia; un encuentro en el cual la historia haga una crítica de la memoria hoy vigente y le proponga una visión más secular y menos mítica, más problemática y menos unidimensional, más plural y menos local, más incierta y menos definitiva de aquellos hechos. En este sentido, la renovación de la memoria de la guerra requiere un nuevo impulso de la investigación histórica sobre ese tema.

Recordar la guerra en nuestra época no es más que pensar nuestro presente y nuestro futuro a luz de esos acontecimientos pasados. Así, rememorar esa guerra es pensar nuestra relación con los Estados Unidos, es tomar posición frente a nuestras vinculaciones e interdependencias con nuestra vecina Nicaragua, es reflexionar sobre la realidad y las consecuencias de formar parte de la América Central. Pero más allá de esas inevitables reflexiones sobre nuestra situación en el contexto internacional, recordar esta guerra es necesariamente interrogarnos sobre la situación actual y el futuro de Costa Rica como estado-nación. En nuestra memoria esa guerra simboliza nuestra capacidad para afirmar y hacer valer nuestra voluntad de tener un proyecto colectivo, un proyecto de país, como ahora se dice. En el momento presente nos acechan muchas dudas sobre nuestra viabilidad como estado-nación y

venimos arrastrando desde hace muchos años una especie de imposibilidad para construir un proyecto nacional capaz de articular un consenso mayoritario.

Ese proyecto de país tiene como requisito definir nuestro lugar en los procesos actuales planetarios de liberalización e integración económicas. En términos concretos esto significa que debemos tomar posición frente a nuestra relación con Estados Unidos como potencia dominante en nuestra región y como potencia hegemónica a nivel planetario. Es claro que Estados Unidos tiene un proyecto para nosotros, pero lo que aún está por confirmarse es si el conjunto de la sociedad costarricense considera que ese es el proyecto que le conviene. Nuestra falta de acuerdo surge de la circunstancia de que la propuesta estadounidense es algo más que un proyecto alrededor de algunos negocios, ya que más bien se trata de un proyecto de país.

Pareciera bastante evidente que debemos refrescar nuestra memoria de la guerra contra los filibusteros a la luz de los avances de la investigación histórica local e internacional y parece natural que nuestra manera de recordar la guerra en nuestra época necesariamente esté teñida de las preocupaciones que dominan nuestro presente. Sin embargo, ambas requieren un contexto y un significado más generales. Personalmente pienso que esa cuestión más general remite al problema de la viabilidad de Costa Rica y de los otros países centroamericanos como estados-naciones en el siglo XXI. Quizás convendría preguntarse no si celebraremos o como celebraremos el bicentenario de la guerra contra los filibusteros en el año 2056, sino más bien si en ese año existirá aún como estado-nación eso que hoy se llama Costa Rica, Nicaragua o cualquier otro país centroamericano. Quizás también convendría preguntarse si la potencia a la cual estamos subordinados será esta misma dentro de medio siglo. Quienes conmemoraron el centenario de la guerra tenían la certeza de la futura existencia de estos países; por el contrario, quienes hoy hemos vivido el

sesquicentenario ya no tenemos la misma certeza. Por eso no parece fácil responder la pregunta sobre como recordar, estudiar y enseñar la guerra contra los filibusteros en este aniversario, sin pensar en como responder esa misma pregunta en futuros aniversarios.

La memoria es una construcción del pasado en el marco de determinado espacio de experiencia y de determinado horizonte de expectativa, por tal razón recordar hoy a los filibusteros es pensar lo vivido e imaginar esperanzas y temores frente al porvenir. Nuestra memoria de la guerra necesariamente tiene que ser más racional y más secular, menos mítica y más crítica, menos cándida y más escéptica. En cuanto a como trasmitirla a los jóvenes, me parece que solo es posible hacerlo en la medida en que el énfasis sea puesto más el proyecto que en el recuerdo. Ya no se trata de que se aprendan de memoria ciertas fechas, ciertos lugares y ciertas personas, sino que se interroguen sobre si ese pasado tiene algo que decirles en lo que es su vida presente y en lo que son sus aspiraciones futuras. Si Juan Santamaría, Pancha Carrasco y Juan Rafael Mora quedasen solo como desafíos mnemotécnicos su recuerdo apenas será una forma patética de olvido. Recordar, estudiar e investigar, como sabemos, solo tienen sentido en la que medida en que nos sirven para actuar. Tendría que haber una manera en la cual al hablarles a los jóvenes de este pasado viejo de 150 años, inmediatamente se les suscite la inquietud por su futuro aún por nacer.



Índice

Presentación	7
Memorias comparadas: las versiones de la guerra contra los filibusteros en Nicaragua, Costa Rica y Estados Unidos (Siglos XIX - XXI)	9
Recordar, Estudiar y Enseñar la guerra contra los filibusteros	53

PUBLICACIONES DEL MUSEO

CAMPAÑA NACIONAL

- [1982] *Juan Santamaría: una aproximación crítica y documental.*
Carlos Meléndez Chaverri
- [1986] *Juan Rafael Mora Porras y la Guerra contra los Filibusteros.*
Armando Rodríguez Porras
- [1987] *Dos Bronces conmemorativos y una Gesta heroica.*
Annie Lemistre Pujol
- [1991] *Costa Rica y la Guerra contra los Filibusteros.*
Rafael Obregón Loria
- [1996] *Foro: La Quema del Mesón, pintura centenaria de Enrique Echandi.*
Roberto Cabrera P.
Carlos Meléndez Ch.
Luis Ferrero A.
- [1998] *El Monumento Nacional. Fiesta y develización.*
Patricia Fumero Vargas
- [1999] *Agenda 1999: La Campaña Nacional 1856-1857.*
Iván Molina Jiménez
- [2000] *Walker en Centroamérica.*
Lorenzo Montúfar Rivera
- [2000] *La Campaña Nacional (1856-1857). Una visión desde el siglo XXI.*
Iván Molina Jiménez
- [2001] *Santa Rosa: un combate por la libertad.*
Carlos Meléndez Chaverri

[2001] *Juan el Héroe: libro para colorear.*

Luz María Campos González
Carlos Hidalgo Vásquez

[2002] *Índice cronológico de la Campaña Nacional 1856-1857.*

Euclides Chacón Méndez

[2003] *William Walker. El predestinado.*

(En pasta dura y suave)

Alejandro Bolaños Geyer

[2004] *Elite, Negocios y Política en Costa Rica 1849-1859.*

Carmen Fallas Santana

[2005] *Impresiones de un pintor alemán en Nicaragua (1851-1852).*

(En pasta dura y suave)

Wilhelm Heine

[2006] *Clarín Patriótico: La Guerra contra los filibusteros y la nacionalidad costarricense.*

Juan Rafael Quesada Camacho

[2007] *Máximo Blanco's Private Diary/The Other Face of the Money.*

(English version)

Werner Korte-Nuñez

Colección Ruta de los Héroes 1856-1857

[1999] No.1: *La ribera derecha del río San Juan (una parte casi desconocida de Costa Rica).*

Alexander Von Frantzius

[1999] No. 2: *Viajeros por el Sarapiquí: Wilhelm Marr; Francisco Rohmoser Moritz Wagner; Felix Belly y Anthony Trollope.*

Museo Histórico Cultural Juan Santamaría

[1999] No. 3: *El Combate de La Trinidad y la Acción Heroica de Nicolás Aguilar Murillo.*

Museo Histórico Cultural Juan Santamaría

[2000] No. 4: *La Guerra Nacional de Centroamérica contra los filibusteros en 1856-1857; conversaciones con el doctor Alejandro Bolaños Geyer.*

Museo Histórico Cultural Juan Santamaría

Colección: Tesoros de la Campaña Nacional:

[2001] No. 1: *Bosquejo histórico de la República de Costa Rica seguidos de argumentos para su historia.*

Felipe Molina Bedoya

[2001] N° 2: *La Guarda del Campamento.*

José Manuel Lleras

Colección Lecturas Alajuelenses

[2005] No. 8: *La Tea Fulgurante.*

Jorge Arroyo

Colección Once de Abril

[1983] N° 1: *Juan Santamaría, el Hombre y el Héroe.*

Carlos Meléndez Chaverri

[1984] No. 5: *La Campaña Nacional: Reflexiones de un sociólogo.*

Francisco Escobar

[1984] No. 6: *Costa Rica: Política Exterior en los primeros años de la República: 1848-1860*

Clotilde Obregón Quesada
Manuel Araya Incera

[1989] No. 10: *Discurso pronunciado por el Sr. José de Obaldía, en el salón del Palacio de Gobierno, el día 15 de setiembre de 1864: cuadragésimo tercer aniversario de la Independencia de Centroamérica.*

(edición facsimilar)

Museo Histórico Cultural Juan Santamaría

[1991] No.11: *El pedestal de Santamaría.*

Oscar Aguilar Bulgarelli

[2004] N° 12: *Emanuel Mongalo y Juan Santamaría.
Dos Hechos Históricos.*

Chester J. Zelaya Goodman

[1979] *Santa Rosa.*

Carlos Meléndez Chaverri

[2006] N° 14: *El Frente Doméstico de los Filibusteros:
Política Oficial en Washington, Opinión Pública en los
Estados Unidos, y Agresiones de William Walker a Centro
América.*

Robert E. May

[2007] N° 15: *Máximo Blanco's Private Diary.*

(English version)

WERNER KORTE

[2008] N° 16: *Memorias comparadas: las versiones de la guerra
contra los filibusteros en Nicaragua, Costa Rica y Estados Unidos
(siglos XIX-XXI)*

Víctor Hugo Acuña Ortega

[2008] N° 17: *Aliados en el campo del honor: Las fuerzas
expedicionarias de Guatemala, El Salvador y Honduras
en la Guerra contra los Filibusteros, 1856-1857*

Carlos Pérez Pineda

[2008] N°18: *Dos formas de recordar: Estados Unidos-Nicaragua.
Confrontación de las memorias sobre la toma de la Vía del
Tránsito (Diciembre 1856-Enero 1857)*

Silvia Elena Molina Vargas

Eduardo González Ayala

COEDICIONES

CON COMISIÓN NACIONAL DE CONMEMORACIONES HISTÓRICAS

[1977] *1856: El Combate Naval de 23 de noviembre. La trágica
suerte del Bergantín Once de Abril.*

Comisión Nacional de Conmemoraciones Históricas

[1977] *1857: Solicitud de pensión de la madre de Juan Santamaría
presentada ante el Presidente don Juan R. I. Mora.*

Museo Histórico Cultural Juan Santamaría

[1977] *1891: Información ad perpetuam. Heroísmo de Juan
Santamaría.*

Museo Histórico Cultural Juan Santamaría

[1978] *1856-1857: General José Joaquín Mora. Biografía y Documentos.*

Comisión Nacional de
Conmemoraciones Históricas

[1979] *Santa Rosa.*

Carlos Meléndez Chaverri